

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

—¡Si ya te lo decía, Eufrasia; en esta época no venimos a la playa más que a mojarnos!



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

13.—De Marruecos.

NOTA VIRTUD	R
MONEDA	HUESO ESPAÑOLA

14.—Para el «coci».

100 HIDROGENO

0 ENSORTIJADO 500 LUMBRE

RÍO

Solución al problema núm. 1 de
Palabras cruzadas.



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

15.—Charada.

—Primera cuarta, tercera segunda,
primera segunda chica, porque en se-
gunda tercera cuarta no ha hecho más
que timarse con su primo.

—Hijo; más no puedo hacer, como
la guarde en segunda todo.

16.—Charada.

—¿A dónde vas?

—Primera segunda, cuarta primera
buscar tercera segunda, cuarta ter-
cera la alacena un primera cuarta
para echarlo al todo.

17.—Futura mejora a Madrid.



18.—Mancha el papel.

Nota PI O

19.—Colaborador de BUEN
HUMOR

S

20.—Música que ha dado lata.

NOTA
CONSONANTE
JUERGA



**CREMA
Polar**

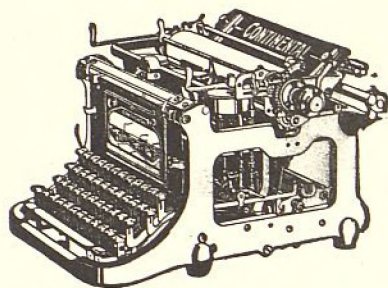
Para la limpieza de los dientes — Cura
el dolor de muelas — Evita el sarro.
Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a
toda solución que se nos
remita con destino a nues-
tro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de
septiembre.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint, 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



La señora.—Pero, buen hombre, ¿no está usted cansado de no hacer nada?

El pobre.—Sí, señora; estoy tan cansado, que no puedo hacer nada.
(De The Humorist, Londres.)



**YA NO HAY CANAS
JUVENTUD
PERPETUA**

L'ORÉAL

TINTURA INOFENSIVA PARA EL CABELLO

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

CONCESIONARIO:

PEDRO SUÑER

Sicilia, 29.--BARCELONA

LOS

FAMOSOS

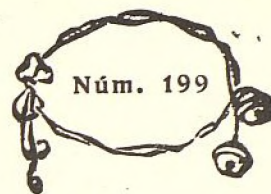
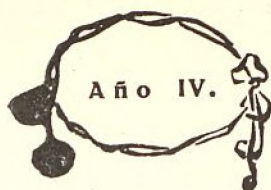
POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.



P A T R A Ñ A S

La ley del lente



NUNCA se habían subido en una barquita unos anteojos de tanta potencia; los mejores que se habían construido en la gran fábrica de Leinteward.

El sabio, al subir en el bote más pequeño que encontró en la playa, sabía secretamente que iba a hacer una experiencia de esas que marcan un límite en la historia de la inilización.

En efecto, el sabio se lanzó al mar entre cuyas olas era como un guioncillo suelo.

Los cristales del agua se rompieron durante un largo rato en sus remos, pues trató de internarse para que su experiencia fuese más verdadera.

Ya a bastante distancia de la costa sacó los más potentes gemelos construidos en la mejor fábrica del mundo y miró a la playa.

La barquita entonces comenzó a moverse en dirección a la costa ya sin el empuje de los remos que, el sabio, en su alegría portentosa, tiró al mar como muletas inútiles.

¡Estaba descubierta una ley perfructuosa, la ley del lente en su aplicación a la locomoción; pues fijada en un punto la potencia de los cristales, obraba como atracción de retroceso y se iba haciendo palpable la verdad de la aproximación.

Claro que para mover un buque se necesitarían unos gemelos como dos cañones colocados en la proa, pero eso era ya cuestión industrial.

El sabio, al dar el salto en la playa, salió loco de alegría hacia la Academia de Ciencias, dispuesto a redactar y a leer inmediatamente la comunicación sobre la nueva «ley del lente y la retrogresión de la distancia».

La nueva gitana

Aquella gitana le dijo al chulapón siempre con anginas debajo de su pañuelo rojo:

—Tienes huellas dactilares de criminal... Nunca te dejes cojer la mano por la policía, resalao.

El cable roto

Muchas veces pasa ahora que en la cubierta de los trasatlánticos los niños van corriendo hacia sus mamás gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! Mira.

Y lo que enseñan es un radiograma que han atrapado en el aire.

Pero la escena esa es vaga y lo que el niño ha atrapado se desvanece en

seguida como algo siempre incierto.

Una cosa como la que yo ví en mi travesía a Pernambuco no la olvidaré nunca. De pronto apareció en el mar una gran fluxión de palabras, convirtiéndolo en una caudalosa sopa de letras.

En seguida nos dimos cuenta. Se había roto el cable y los cablegramas incesantes se esparcían. Era curioso leer los retazos desperdigados: «Compre vacas precio día...» «Conferencia Benítez estupenda...» «El cacao bajó...» «Llegué bien...» «Llegamos todos buenos.—Araceli...» «Envía dinero urgente.—Pedro...» «Compra libras. Betanzos...» «Aplazada boda tu llegada.—Ana...»

Todos leíamos como quien lee una carta cansada en cien direcciones.

Fué un rato entretenido de la travesía, pero lo que nos conmovió más a todos fué un cablegrama que decía: «No te olvido.—Ramón.» Y que vino un largo rato detrás del barco, como queriendo referir su rumbo.

Greguerías

Las dos perlas de sus pendientes eran más hermosas que verdaderas, porque tenían la luz interior de las perlas huecas.

...

Aquella mujer descendió a los infiernos del metro y entonces desistí de seguirla en el encerradero de las promiscuidades.

...

El neumático iba dejando en el camino su grabado como una cadena sin fin, como una viñeta para el día de fiesta en la carretera.

...

Fijándose bien en cómo se distancia el ruido de un martillo de su golpe, se piensa que esa es una aberración de la naturaleza, por la que hay que amonestarle en público.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. SILENO.—Madrid.

CHIRIGOTAS

¡Pobres políticos, arrumbados como trastos viejos de que nadie se acuerda! Hace apenas dos años lo llenaban todo; se hablaba perramente de ellos; se murmuraba de sus hazañas; los caricaturistas hacían populares los defectos físicos de los prohombres; se les ponía alegremente de vuelta y media, y siempre así. Los políticos sentían entonces la caricia de la popularidad, se complacían en todo aquello y, como dando una vuelta al famoso madrigal, exclamaban: «Ya que tan mal habláis, hablad al menos.»

Ahora han caído en un absoluto olvido. Son un girón descolorido y triste, como esos trozos de cartel de espectáculo antiguo, que a través de los años se mantienen adheridos a una pared, aguantando las inclemencias del tiempo. Pero ellos tienen algo de culpa, porque, de puro no hacer nada, están expuestos a que la gente acabe por hablar bien de ellos, dándolos por definitivamente muertos.

Lo triste es que pasaban por gente lista y resulta que no se dan cuenta de las cosas. Ahora, cuando todo lo invade la ola deportiva, el imperio del músculo, no se les ocurre una idea genial, como sería la de abandonar sus pobretones, polvorientos y encolillados comités de distrito, en los que esperan dormidos la resurrección de su carne, y formar equipos de fútbol, prontos a comparecer en los campos de deportes, a pleno sol y a plena atmósfera. Dan ganas de gritarles:

Salid de vuestros escondites. Aire-

aos. Hacedos populares del mundo que hoy seduce a la gente. No sintáis el rubor de vuestros menguados bíceps, que ellos darán de sí. Yo os aseguro que el día que luchan, por ejemplo, el Juventud Conservadora F. C. con la Real Sociedad Melquiadista, habréis recuperado todo el cartel perdido. No os faltan elementos para ello.

Dejando bromas a un lado yo os digo a fuer de sincero como cumple a un hombre honrado, que apenas hay diputado de que no salga un «portero».

La obligación de los «guardametas» ya sabéis que consiste en «parar» y nadie puede envanecerse de haber parado más que vosotros.

Tampoco sería difícil encontrar en el mundo de la vieja política buenos «defensas» o «backs».

Quiero, y no son sueños míos, que de entre vosotros salga gente que juegue con bríos. ¡Qué «defensas», Dios me valga, saldrían de algunos tíos!

Luego nos hacen falta los «medios», que son la piedra angular de los equipos.

De «medios» a no dudar están los partidos llenos. ¿Cómo habrían de faltar si, puestos a gobernar, todos los hallábais buenos?

«Delanteros», los tenéis a montones. En vuestras filas hay mucha gente ágil,

ducha en el arte de combinar, apta para jugar limpio, si así lo exige la táctica del contrario. Eso no quiere decir que llegada la hora de dar «cargas ilegales», no lo sepáis hacer como el primero. En resumen, llegasteis a ser consumados en el arte de tomar la delantera. Es lo que dice cualquier ciudadano:

Otra cosa no sabrán estas gentes cuyo afán es volver a las andadas; pero en cuestión de patadas las reciben y las dan.

La parte más fuerte de vuestros equipos será sin duda la «extrema derecha». Tenéis para ese puesto infinitos candidatos y dudo que en un partido internacional pueda país alguno aventajaros.

Aun la opinión más estrecha se ve en esto satisfecha de una manera absoluta. ¡Hay cada extremo derecha que da miedo como *chutal*!

Más difícil de cubrir es el puesto de «extremo-izquierda». Cuando más, encontraréis algunos que sepan «templar», condición importante pero no la más esencial del juego.

Y ¿no sería un dolor confiarle a un buen señor el papel de extremo izquierda si después, a lo mejor, hay que mandarlo a que pierda?

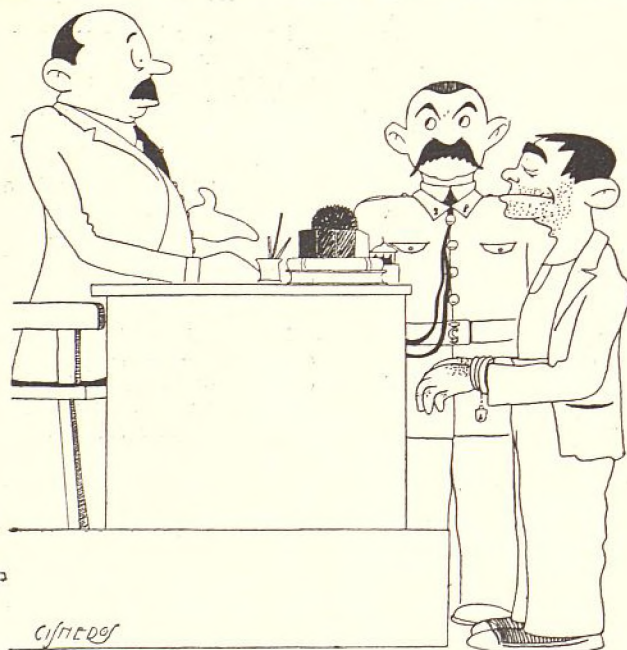
Pero no por esa dificultad debéis desistir de la formación de equipos. Todo es preferible a la modorra en que estais sumidos.

¿Esperais, para sacudirla, el estímulo de un árbitro enérgico que dé la señal de comenzar el juego, tocando el silbato? Pues hacéis mal.

En ese sopor que os tiene presa de un sueño profundo, sin despertar ni un segundo ¿qué pito esperais que suene si ya silba todo el mundo?

En conclusión: sólo el deporte os hará felices y os reconciliará con el pueblo; sólo la modernidad podrá servirlos de tabla de salvación y os pondrá de nuevo en primer término. De lo contrario, seguiréis en el destierro. Ya ni siquiera nos acordamos de vuestros rasgos fisonómicos, que un día hicieron populares los caricaturistas; se nos han borrado vuestras caras, hasta el punto de que en este general naufragio, solo emerge en nuestra memoria, como si fuera el mástil de vuestra hundida nave, la todo poderosa e invencible prominencia nasal de Sánchez Toca.

RAMIRO MERINO



Dib.
CISNEROS
Madrid.

—Si, como usted dice, no entró en la casa con malas intenciones, ¿por qué se quitó los zapatos?

—¡Porque había un enfermo grave!



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

El del auto.—Chicos: un viaje estupendo, desde San Sebastian aqui en tercera.
La vieja.—(¡Que cursis! ¡Nosotros siempre en eslipin!)

PLÁTICAS DE FAMILIA

LA ABUELA Y EL NIETO

—Vamos a ver, Rufinito, encanto de tu abuela, dime: ¿cuántos son los diez mandamientos?

—Ocho.

—Ocho y dos más, riquín.

—Síez.

—No, precioso mío. ¿Cuántos son ocho y dos?

—Tres.

—¡Huy qué rico! ¿Quién te quiere a ti?...

LA MADRE Y EL HIJO

—Rufinito, por Dios, estudia, que ya has cumplido los ocho años y tienes que ser un hombrecito.

—¡No quiero, ea!

—Mira que Papaito se va a enfadar, mi alma.

—¡No quiero, ea!

—No puedo contigo, hijo, es que no puedo.

—Pues mejor.

—Vas a ser un borrico.

—¡Pues mejor!

EL PADRE Y EL HIJO

—Venga usted acá, señorito.

—¿Qué me has traído?

—No te he traído nada, ni te vuelvo a traer nada hasta que estudies. ¿Has estudiado?

—Sí, papá.

—Venga el libro. Aquí está. ¿Qué lección tienes para mañana?

—La primera hoja,

—¡Pero, hijo, si no sales de la primera hoja nunca!

—Porque el maestro me ha tomado rabia; eso es.

—Vamos, no llores. Contesta, a ver si te la sabes. ¿La *b* con la *a*?

—Chí.

—¡Váyase usted de aquí, so sinvergüenza, donde yo no lo vea.

—¡Ji, ji, ji, ji!...

LA ABUELA, LA MADRE Y EL PADRE

—¿Qué le pasa a mi nieto que llora?

—¿Le has pegado al niño? ¡Tus cosas!

—¡Nada de mis cosas! Al niño no le he pegado. Lo que le pasa al niño es que ya es casi un hombre y no estudia, y como lo coja yo por mi cuenta...

—¿Serías capaz?

—¿Pero qué dice tu marido, hija?

—Señora, no se meta usted en mis decisiones. No va usted a querer a su nieto más que yo, que soy su padre.

—¡Eso es lo que usted se cree!

—¡Señora!!

—No sea usted mal pensado. Lo que digo es que usted se cree que lo quiere más que yo, pero se equivoca.

—Pues usted tiene la culpa de todo. Lo mima usted demasiado, y eso no

puede ser. ¡Y el niño ha de estudiar o dejo yo de ser quien soy! ¿Pues no dice el muy granuja que le tiene rabia el maestro?

—A lo mejor es verdad.

—Dice bien mi madre.

—Ah, pues sí es eso...

—Seguramente. Yo que tú me enteraba.

—Mañana mismo. ¡No tuviera más que ver! Ah, y como sea verdad... ¡Como sea verdad, ese maestro ha dejado de ser maestro para siempre!

EL PADRE Y EL MAESTRO

—¡Conque ya lo sabe usted, señor maestro! Y ahora, contésteme usted, pero con claridad. ¡Como yo le he hablado!

—Es muy duro para un padre lo que voy a decirle, pero me pide usted franqueza y allá va: ¡Su niño de usted es un troncho! El niño es un adoquín con patas y yo no puedo con él. Sigue en el último banco como el día que entró en el colegio y va para dos años. Y sepa usted que raro es el niño que está en el último banco arriba de dos semanas, porque en cuanto conocen las vocales ya los paso al penúltimo. ¡Pues su niño de usted parece que lo han clavado allí! ¡No hay manera de pasarlo del último banco! ¡Es un mulo!! Ea; ya lo sabe usted. Y lo mejor que puede usted hacer es llevárselo, porque esta es una escuela para párvulos, no para niños de cemento.

—¿Mi niño de cemento?

—Ya le advertí a usted que era muy duro lo que iba a decirle. ¡Servidor de usted!

EL PADRE, LA MADRE, LA ABUELA Y EL NIÑO

—¿Ha venido el niño del colegio?

—No tardará; la doncella ha ido por él.

—Pues en cuanto venga, que me vea.

—¿Para qué?

—No apurarse; para nada malo. Es que desde hoy voy a «estudiarle» yo la lección todas las noches. ¡Mi hijo pasa del último banco, o pierdo yo el nombre!

—¡Ahí está!

—¡Rufinito!

—¡Rufino!

—¡Ven aquí, rey!

—¡Papá!... ¡Mamá!... ¡Abuelita!... ¡Ya no estoy en el último banco!

—¿Eh?

—¡Que ya no estoy en el último banco!

—¡Hijo de mi vida!

—¡Corazón de tu madre!

—¡Ven acá que tu abuela te coma a besos! ¡Ay mi niño, que ha pasado del último banco!

—¡Hijo de mi alma, ya era hora de



Dib. GALINDO.—Madrid.

EL CÉLEBRE BOXEADOR LLEGA A LA ESTACIÓN

—¿Cuál fué el primer paso que dió usted para ganar el campeonato del peso gallo?

—Pues que tuve que intervenir en una bronca entre cuatro pollos...

que le dieras a tu madre un buen día!
—¡Ven aquí, locura de tu padre!
—Anda, dale un beso a papá! ¿Ves, hombre? En cuanto fuiste a darle un toquecito de atención al maestro, míralo.

—Cuando yo decía...
—Lo que pasaba era, que como son tantos, no se fijaba en él.
—¡Basta, basta! Se le hará al maestro un regalo para ver si así...
—Y otro al hijo de mis entrañas.
—Eso, sí: otro a mi nieto, que es un tesoro.
—Al niño me lo llevo yo a cenar de fonda en premio a su aplicación. Vaya, vestirlo, lavarle la cara, y vámonos, hijo mío.

EL PADRE Y EL HIJO

—¿Dónde quieres que cenemos, hijito?

—En una confitería y mantecado con barquillos de postre y una pelota pa jugar al gol.

—Todo lo que quieras, hijo. Mira, entraremos en este restaurante.

—Sí, papá.

—Oye: que no vayas a mojarle el codo en la sopa, ni cojas la mayonesa con los dedos ni metas los huesos de aceituna en la botella del vino, ¿sabes? Eso en casa no está mal, pero aquí riñen.

—Sí, papá.

—Bien, hombre, bien. Así deben ser los niños aplicados.

—Y ahora al teatro, ¿eh? No conviene acostarte en seguida, que te has comido nueve plátanos.

—¡Mojados en café! ¡Qué buenos!

—¡Sí, sí!... ¡Bueno has puesto el mantel! Y aquel señor gordo se enfadó mucho cuando te entró la tos y le escurraste los fideos en el chaleco. Hay hombres que no saben hacerse cargo...

—Y no quiso que lo limpiara con saliva.

—¡Y cómo se encaró conmigo! ¡Qué bruto! ¡Caramba! en este teatro vamos a entrar.

—Sí, papafito.

—¿Quién es esa?

—La tiple.

—¿Y por qué no se viste?

—Tiene calor.

—¿Y por qué se sienta encima de ese militar?

—Porque está cansada.

—Ah, como la chacha, la pobre, cuando se sienta contigo.

—Calla, vidita, y atiende a la función.

CORO GENERAL

—¿Han llamado?

—Debe ser tu marido con el niño.

—Sí, ellos son.

—Rico, corazón, encanto, ¿de dónde vienes?

—Del teatro. Tengo mucho sueño.
—Pues a dormir.

A dormir va la rosa de los rosales.
A dormir va mi niño porque ya es tarde.

—Ven acá que te desnude.

—No; hoy lo desnuda su abuela.

—Lo desnuda su madre.

—¡Su abuela de su alma.

—¡Su madre de su vida!

—Vaya; lo desnuda su padre. Hoy me toca a mí. Quiero yo desnudar por vez primera a este futuro sabio. Dame las patitas. Así, fuera los zapatos y los calcetinitos...

—¡Ay!, ¿qué es esto que tiene el niño en los calcetines?

—Nada, fideos.

—¡Pero si está dulce!

—Es que he comido flan también.

—¡Híi!, qué rico ¿Quién te quiere a ti?

—Mamá.
—¿Nadie más, hijo?

—Y papá.

—¿Y yo, no?

—Y abuelita.

—¿Y a mí, quién me quiere? ¿Quién quiere a tu padre?

—Yo. Y mamá. Y la chacha.

—Anda, hijo, persígnete. No, así, no; al revés.

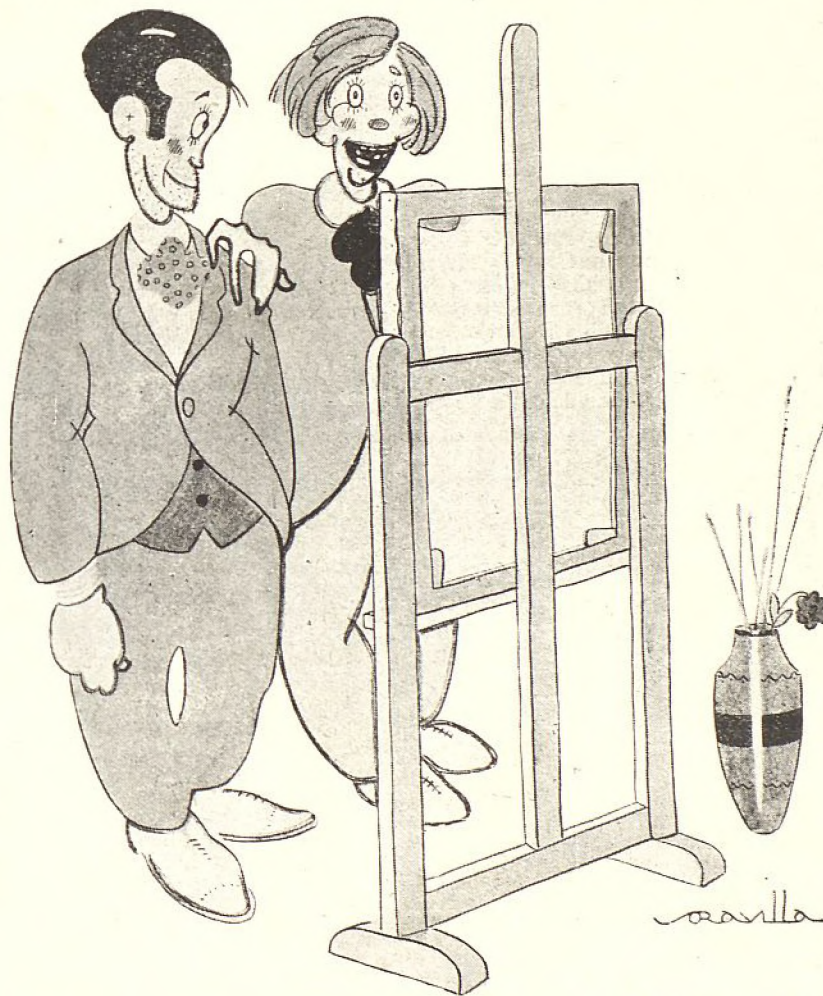
—Tengo sueño.

—Déjalo, hombre.

—Bueno, pues dejado. Que duerma tranquilo. Pero, escucha, hijo, que con las glorias se nos van las memorias; dinos, querubín, cielito de tu padre: ¿Cómo fué? ¿Te supiste la lección? ¿Qué has hecho para no estar en el último banco? ¿Por qué no estás en el último banco?

—Porque lo están pintando.

PEDRO PÉREZ FERNANDEZ



Dib. SORAVILLA, —Madrid.

—¿Y qué te parece este retrato de mi mujer?
—Chico, colosal, está hablando.
—¡Como que yo soy fiel copista del natural!

EL CRÍTICO DE ARTE

Lo más extraño de Mauricio París eran sus ojos, unos ojos azules, tan transparentes, que a través de ellos podía apreciarse lo que había en el interior de su privilegiado cerebro, es decir, no se veía nada.

Mauricio contempla insistentemente el último número de la revista festiva, a la cual había enviado un trabajo literario que él creía jocosísimo y, por centésima vez, leyó la contestación que le daban: «M. P.—Eres un borrego».

¡Un borrego, un borrego!... A fuerza de repetirse a sí mismo este calificativo, llegó a verse al frente de un numeroso rebaño atado su cuello con una cintita roja de la que pendía una campanita bronceada.

¡Tiene gracia!—se decía Mauricio—. Y se puso a meditar en la profesión a qué podía dedicarse un borrego para conseguir vivir sin trabajar.

¿Jugador de foot-ball? No; no sería jugador de foot-ball. El no se exponería jamás a sufrir una parálisis cerebral el día que viese suspendida sobre su cabeza la botaza llena de tacos de su adversario. Desde luego, desechaba esta idea.

Desistía ya de dar con la solución salvadora, cuando de repente Mauricio escogió de entre sus risas—tenía una colección pintoresca—la que armonizaba mejor con el asombroso descubrimiento que había hecho y lanzó al espacio una penetrante carcajada de conspirador: ¡ju, ju, ju! ¡Cómo no se la había ocurrido antes! Ya tenía

asegurada la manera de comer la sopa boba. ¡Sería crítico de arte!

...

Siete años de almibarada y empalagosa crítica bastaron para que el nombre de Mauricio París se viese traído y llevado de columna en columna de periódico, como si fuese el elefante sagrado de la India.

Para Mauricio París todos eran buenos pintores, admirables escultores y sublimes decoradores. Este muchacho promete—aseguraba el crítico—, pero el muchacho no daba nada de sí.

Mauricio estaba desesperadísimo. He aquí que, a no sabía quien, le había dado por inventar el cubismo. ¡El cubismo! ¡Maldita la gracia que le hacía a él esto del cubismo, de lo que no entendía ni una jota! Y lo más trágico, lo espeluznante, lo que hacía que se le encogiese la chaqueta de punto que llevaba puesta, era que tenía que hablar del cubismo de Poponoff, un barbarote pintor ruso (el nombre lo dice), porque exponía un retrato suyo, de Mauricio París, el crítico de fama casi mundial.

Mauricio, cansado de gesticular y de manotear en el aire como queriendo retorcer el cuello al creador del nuevo arte (¿...?) se sentó a su mesa de trabajo, que parecía el complicado y misterioso laboratorio de un brujo zahorí y comenzó la ímproba labor de siempre, de tener que hablar de lo que no entendía.

Veamos—se dijo Mauricio.

Y de la cajita de laca en la que guz-

daba los papelitos doblados, en cada uno de los cuales había escrito una palabra efectista (lumínico, cromático, plácido, etéreo), sacó uno al azar: cromático; luego, sus gordezuelos dedos de sibarita fueron a buscar en la cajita de los verbos (plasmar, crear, esbozar) y también al azar extrajo de ella el siguiente: plasmar; después fué al recipiente de los sustantivos y cogió: línea.

Ya no necesitaba más. Con estas palabras comenzó a escribir: «El Arte de Poponoff. La línea de las creaciones cromáticas de este artista...»

Mauricio estornudó tres veces seguidas—estornudaba siempre que encontraba de su gusto lo que iba escribiendo—y balanceándose sobre las patas traseras del sillón frailuno, se frotó las manos en señal de alegría.

...

Lo que Poponoff decía ser el retrato del crítico, a éste le sugería más la visión de una mesita noctámbula o un paisaje devastado por la gran guerra. ¡Cualquier cosa, menos su retrato!

Sin embargo, Mauricio (en pijama verde con vueltas negras, cual monumental lechuga) leía emocionado y satisfechísimo de su talento, el párrafo de su crítica publicada en *El Mundo*, en el que se refería a su retrato:

«Poponoff—decía el crítico—no sólo ha conseguido plasmar con absoluta certeza mis rasgos fisonómicos, sino que (y esto es más digno de encomio) ha llegado a fijar de modo rotundo la etérea e *inconsútil* visión de mi espíritu. Poponoff nos demuestra que el cubismo viene a marcar las normas renovadoras que ha de seguir el arte pictórico si quiere salir del amaneramiento en que está sumido.»

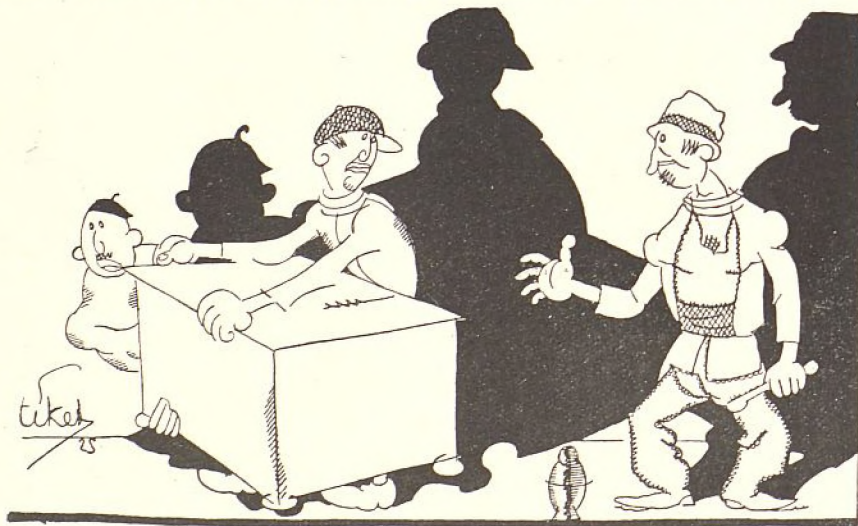
...

Días después Mauricio pudo leer la gacetilla que, a propósito de la exposición de Poponoff, insertaba en un periódico la casa impresora del catálogo:

«El número 25 del catálogo de las obras de este artista no era el retrato del crítico Mauricio París, como por error constaba en dicho catálogo, sino que representaba al perrito que obtuvo el primer premio en la pasada Exposición canina y que es propiedad de la señora Monier. Hacemos la correspondiente salvedad, como satisfacción a la citada y distinguida dama.»

Muricio recordó, tristísimo, el axioma de la contestación que, siete años atrás, le diera aquella revista festiva: «M. P.—Eres un borrego.»

ARMANDO F. CUETO



Dib. TIKET.—Madrid.

—¡Daos prisa muchachos! Temo que nos sorprendan con las manos en la masa...
—¿En la mesa, querrás decir?

EPIGRAMAS DE "BUEN HUMOR"

Cogió a un ladrón doña Justa
robando un jamón a Blas,
y ante hazaña tan injusta
clamó fiera: ¡Hombre, me gusta!...
Y el caco dijo: ¡A mí, más!..

El escultor Deogracias
Covisa, que es deplorable,
hizo una obra deleznable
titulada *Las tres gracias*.
La tomó a broma la gente,
pero hoy presume Covisa
de haberncs *matao* de risa
con tres gracias solamente...

El guardia urbano Facundo
dió un puntapié tremebundo
a su cuñada Loreto.
Y ayer decía Zurano:
si no llega a ser urbano,
¿qué hubiera hecho ese sujeto?...

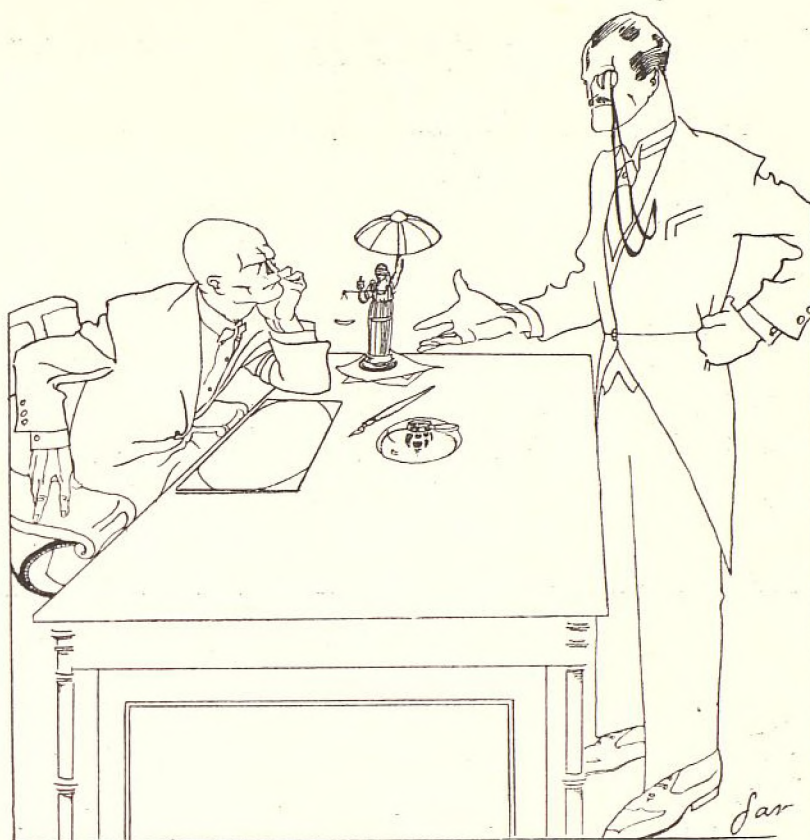
El humorista Ramón
Valderas de Barrenillo
es un solemne guasón
que al suceso más sencillo
le busca una explicación.
Recibió una gran patada
en las posaderas Prada,
y dijo al punto Valderas:
si esas son las posaderas
¿en dónde está la posada?...

En un hotel de París
pidió un cuarto un catalán
llamado Magín Genís
Plans Maspóns y Puig Buixán.
Pero al dar su filiación
al hotelero Durand,
éste, en una distracción,
escribió: *monsieur Jazz-Band*...

Ayer se casó con Pí
la tiple Rosina Iniesta,
pero para dar el sí
hizo llevar una orquesta.

El barbero Lucas Hugo
fué, en su oficio, desgraciado
y al sentirse fracasado
una plaza de verdugo
pidió, ya desesperado.
Y, en su cargo lamentable,
ejecutó a un miserable
criminal el buen barbero;
y al hacerlo, dijo amable:
¿le hago daño caballero?...

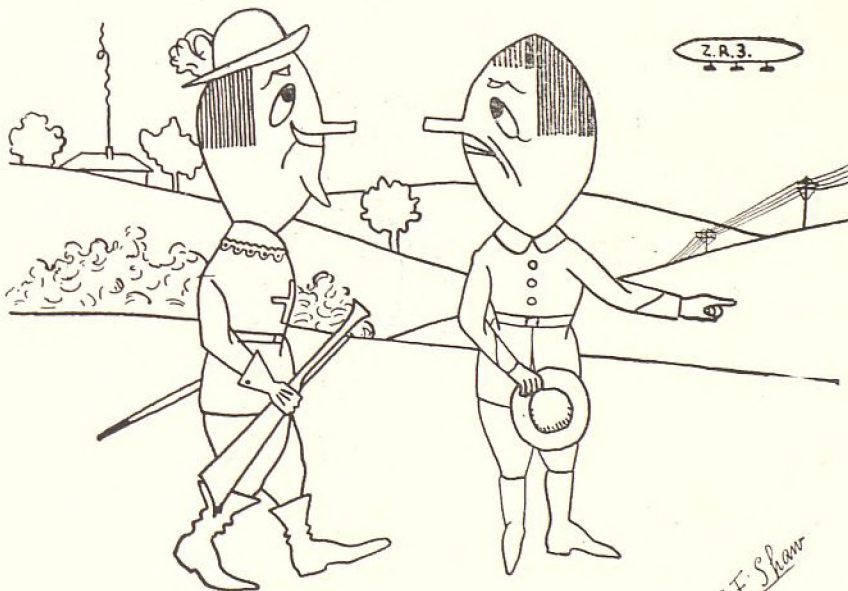
NÉSTOR O. LOPE



FLEMA INGLESA

EL JUEZ.—¿Presenció usted el asesinato?
EL INGLÉS.—¡Yes!
EL JUEZ.—¿Y usted qué hizo?
EL INGLÉS.—Un pitillo.

Dib. SARO.—Madrid.



EN EL CAMPO DEL HONOR

—Yo elijo la espada.
—Conformes, pero a quince pasos de distancia.

Dib. SHAW.—Bruselas (Bélgica).

HISTORIA DE CHAFANDÍN, CONTADA EN ESTILO NUEVO

Andaba yo buscando en el magín modos y modas de contar la extraordinaria historia que hoy te presento, lector magnánimo, cuando topé con el nuevo Diccionario y la admisión de algunos miles de palabras en su docto seno.

Leílas afanoso y decidí aplicar las que pudiese a mi fidedigno relato, deseando estrenar los flamantes vocablos cuanto antes, pues estoy siempre ávido de novedad en literatura, cual en cuestión trapense (quiero decir en cosas de trapos) puede estarlo niña modernista de melena y pijama a quien horrorizan pamea y miriñaque. Helo aquí, no el miriñaque, sino el prometido relato.

Ardía Amor, plural y simultáneo, como lámpara de muchos kilovatios, en su corazón de don Juan paupérrimo.

Amor habíasele troncado, de pituso donoso, adornado con alas mariposiles, en monstruo policéfalo, en hidra septifronte, que se le enroscaba en la caverna roja del corazón y le arañaba con todos sus armamentos ungulares.

Ello es que, pesquisar una melena a lo paje, a lo Colón o a lo Juana de Arco, divisar una media color de carne humana, con la suficiente *idem* dentro dándole plenitud y tersura, le escacharraba esa víscera con monstruo y todo y le convertía el alma en una mezcla de miel de la Alcarria y de mantequilla de Soria. ¡Gran repostero es Amor!

Chalóse por Teresita a pesar de las cacarañas que le ornamentaban la faz; por Candelas, a despecho de su labio pubescente, vulgo bigotudo; por Tona, que era una fuguillas, pero que poseía dos piernas como dos botijos; por Mary la peliculera, derretido ante su belleza fotogénica (cinegética, decía él, confundiendo con cosa de cine). Pero lo grave ocurrió al enfrentarse con Chelín, la despampanante vainiquera.

Vióla, oyóla y amóla (pajarito sin cola).

Vivía la beldad, haciendo innúmeras vainicas, en un chiscón de mal fallecimiento, tan enmadrada, que proponerle separarla de su autora equivalía a escachifollarle el alma. Así es que envió a nuestro pretendiente (puntalicemos: *nuestro*, nó, suyo) a varias funciones agrícolas y culinarias, tales como escardar cebollinos y freír espárragos. ¿Qué mucho, si ella, vainiquera y todo, entendía tanto en el cultivo de la calabaza?

Enfurruscóse el enamorado y le armó tal escandalera que se oyó en Sebastopol. De nada le sirvió el alborotado procedimiento con la pomposa vainiquera. Apeló entonces a prometerles hares y mares, aunque en rigor (del invierno y del estío) sólo pudiera ofrecerle hacerla copartícipe de su ferroz carpanta y de su *tronitis* crónica y aguda.

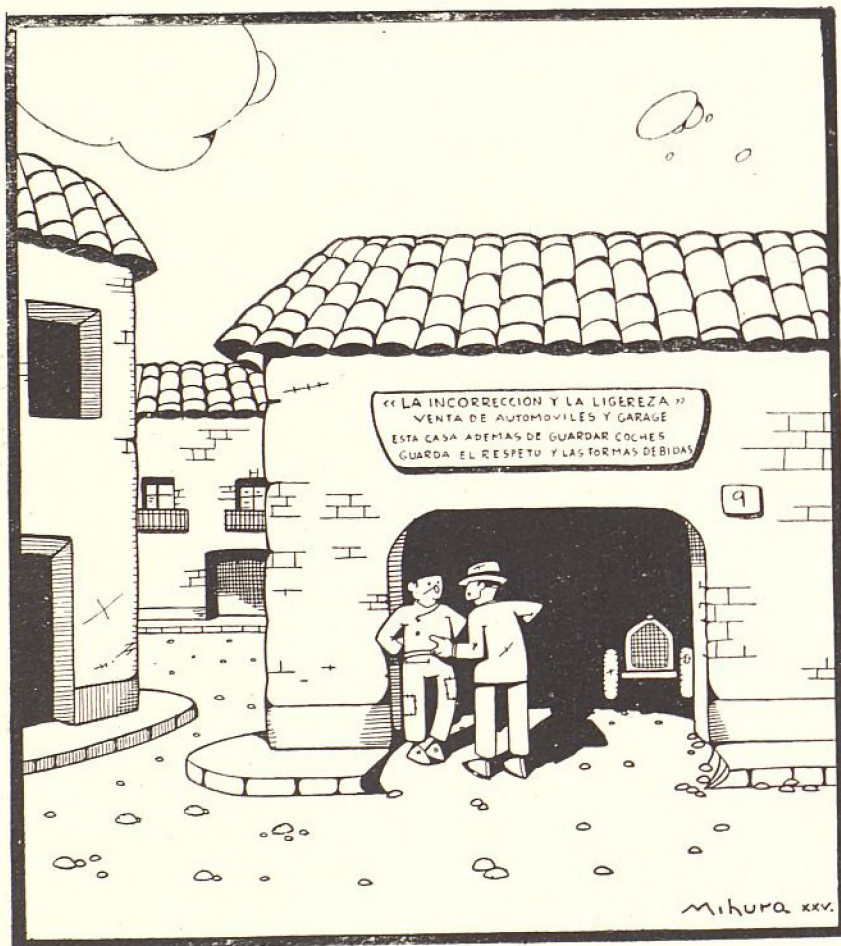
Todo en vano.

El paupérrimo Tenorio comenzó con esto a devenir flácido, desvencijado y quejumbroso cual acordeón decrepito, amén de famélico, que eso (no se entienda *queso*: es todo lo contrario) cuando más, cuando menos, siempre lo había sido. En resolución, él vino (torno a rogar al lector no confunda vino, verbo, con vino, *producto de la viña*), él vino, repito, a darse cuenta de que no era sino un triste chafandín, que no servía sino para las funciones agrícolas y culinarias, ya apuntadas, a que le enviara la vainiquera y sin vocación para ello.

Y una vez autobautizado *Chafandín*, no sin comprobar que el nombrecito tenía legítima cabida en el Diccionario y ante el ucase-dictado por su desesperación (con dictado perfectamente gramatical) asió de una cuerda, escogió en frondoso chopal el chocho que más rabia le dió y ahorcóse, no pudiendo resistir los desconchones que la bella vainiquera en su amor propio infiriera.

Y así dió fin el pobre Chafandín. Mas dicen que se oyó una voz en la altura que cantaba: ¡Aleluya, aleluya!

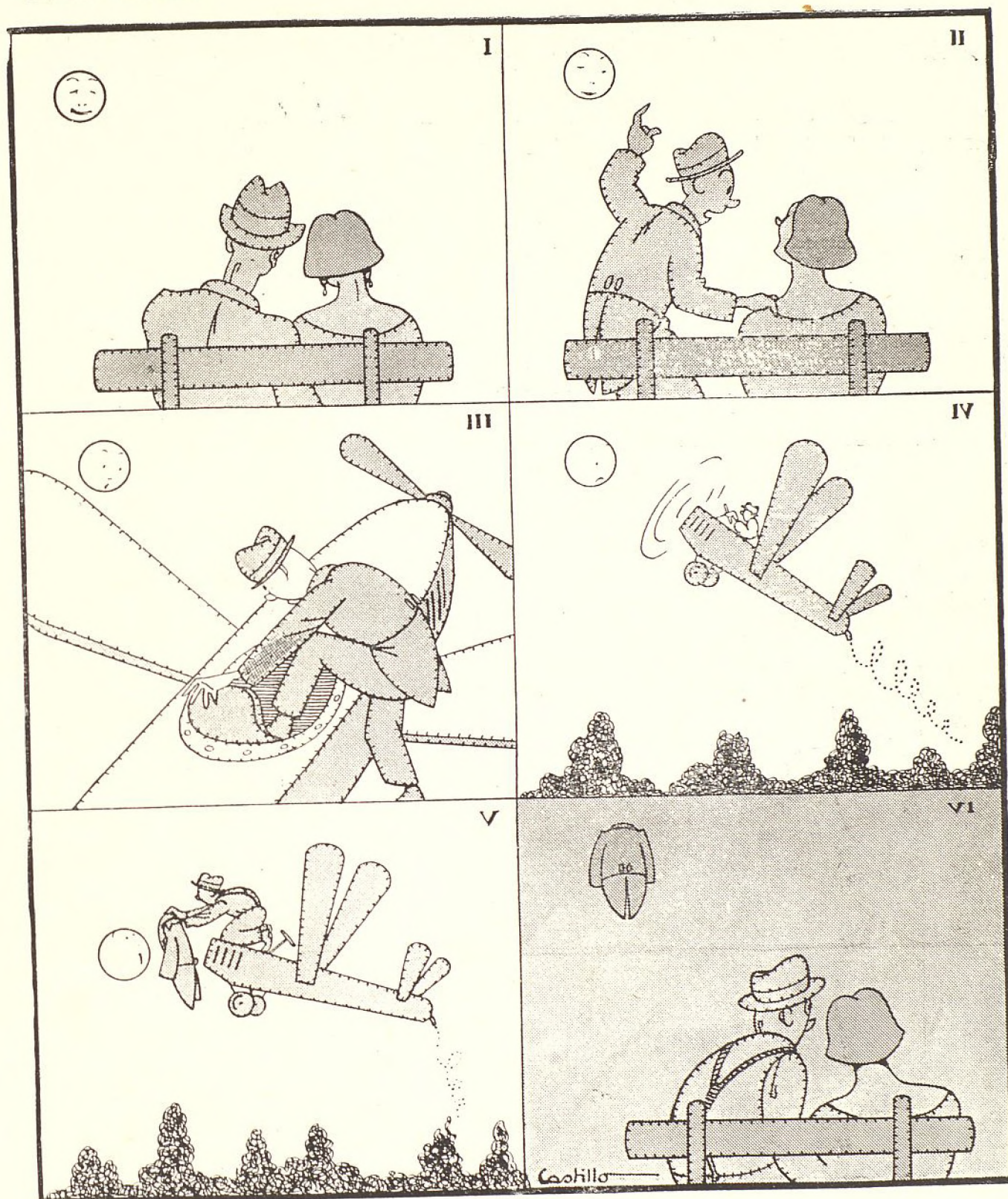
R. FERNÁNDEZ CASANOVA



Dib. MIHURA. —Madrid.

—Vengo a decirle que el coche que me vendió usted lo tengo que tener encerrado en la cochera porque no anda.

—Caballero, acuérdesese que usted me pidió un auto que gastase poca gasolina.



EL AMOR Y LA LUNA

Poema moderno en seis cantos.

Dib. CASTILLO —Madrid.

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS.

En La Latina, "El Coronel Bridau", adaptación de una novela de Balzac, por Carlos de Batlle.

Después de la emoción de romanticismo maternal que sentimos la semana pasada con Narcisín, hemos sentido ahora con *El Coronel Bridau* la

emoción del romanticismo marcial.

El romanticismo lo idealiza todo, lo mismo un trovador rubio con laúd, o un Lohengrín con cisne, que un militarote fumando tagarninas y bebiendo bala rasa. Por eso la multitud, que es romántica siempre, digan lo que digan, se entusiasma con esta obra llena de detalles y maestría entusiasmantes.

La romántica multitud quiere encontrar de una manera o de otra lo contrario de lo que tiene, y sobre todo «lo prohibido». Los mayores romanticismos nacen siempre o de las colegialas o de las señoras casadas. Hijas de familia que quisieran ampliar la familia; señoras de su casa que quisieran mudarse de casa, sueltan la loca de la casa y se inventan toda clase de comedias para su uso particular.

De eso depende todo. ¿Que el padre o el esposo es un militarote? Entonces se hacen la comedia con nubes, jóvenes de manto azul y pluma blanca, palomos, golondrinas y algún que otro ruiseñor. El joven será poeta y el militarote no comprenderá que su ordinariéz burda y cuartelera, las exquisiteces de una alma femenina y soñadora. Si, por el contrario, el esposo o el papá son seres exquisitos, ellas estarán de exquisitez, no digo hasta el moño, porque sería anacronismo, pero sí hasta el pelo más alto de su corta melena a la *garçonne*. Entonces se «forjan» (así se dice, porque el romanticismo tiene también su modo de hablar imprescindible) se forjan un ideal mundano, opuesto al que se tiene en casa. Ahora en estos tiempos, el apache, el boxeador, el torero, el motorista, el príncipe aventurero, el calavera distinguido, el delincuente de preck; en otros tiempos, aparte de otros tipos que no enumeramos, hizo furor este del hombre corrido, principalmente militar: se ha peleado, se bate en duelo, corteja a las mujeres, bebe aguardiente y ginebra, «entona» himnos triunfales, tiene buen tipo, trata a los criados de «bergante», a las criadas las conquista como si fueran plazas fuertes y sabe inclinarse ante una dama; en fin: lo sobre todo. Cuando una mujer se quiere mudar de piso ya sabemos que al piso nuevo le encuentra todas las perfecciones y cualidades que se puedan imaginar. Todos los ideales románticos son perfectos: si son flacuchos, tienen espiritualidad; si gordos, fortaleza. Al galán endeblucho lo encuentran delicado; al bruto, varonil. Al coronel Bridau, tipo perfecto de este ideal romántico de vivac, nada le falta: valor, serenidad, locura y cordura, mala fama y buena fama; ingenio y esgrima; energía y sutileza; mal genio y dominio de sí; puntería... todo, todo... por tener, tiene la suerte de encarnar en Morano, magnífico dueño de todos los recursos expres-



LA YANKEE, gentil estrella de variedades.

sivos de actitud y de dicción y la suerte de verse rodeado de gente excelentísima, desde el Gran Capitán Paco Hernández y el aún tío como el Sr. Muro, hasta la señora Villegas y la doncellita señorita Morano, monísima y tan en su papel.

La gente se rinde ante el *Coronel Bridau*, con verdadero entusiasmo. Es natural; es un hombre nacido para rendir a todo cuanto se le ponga por delante; a todo menos a las tropas enemigas. Fuerte cosa, inexplicable cir-



Señorita Aurora Saiz, del Rey Alfonso.

cunstancia: ¿cómo resultaba que un militar así, dueño de todos los recursos, formidable poseedor de todas las tácticas y de todos los trucos que puedan concebirse, verdadero genio de lo irresistible para andar por casa, no pudo ser vencedor en los campos de batalla ni aun teniendo a la cabeza a Napoleón Bonaparte nada menos? Investigue este misterio quien no sea, como yo, nuevo comentarista de espectáculos teatrales.

En el Rey Alfonso, «Género de otoño o la caída de la hoja».

El Rey Alfonso (me refiero al teatro, por supuesto) se ha dedicado a ese género que pudiéramos llamar «mixto», ya por lo inflamable, ya porque participa de la zarzuela, de los varietés, de la revista y también, por supuesto, de la alta comedia, pues la alta comedia participa actualmente, a su vez, de los varietés, la revista, la zarzuela y la prestidigitación.

Se han estrenado dos obras *¡Oh, la Interviu!* música y letra de José Rufo Franquet y *El adiós a la vida*, letra de

Arroyo Lozano y Bertrán, música de Lloret y Muñoz.

Son obras sólo para mujeres; quiere decirse que están hechas para que trabajen sólo mujeres. Suele haber también algún hombre; pero el hombre hace el ganso, así que no se cuenta. Claro que a veces, como ocurre en el Rey Alfonso, el que hace el ganso lo hace bien y entonces queda como un hombre. Es esto una enseñanza que no debe olvidarse. La obligación del hombre consiste en hacer bien lo que se presente; puestos a ser gansos, serlo bien. Estoy escribiendo un elogio, no un insulto. ¿Habéis visto esos estrenos en donde el público dice del autor: «¡Qué animal!» y aplauden? Pues ¡ya lo veis! Consideran que el autor se ha propuesto hacer el ganso y lo ha hecho, cosa que siempre es admirable. Es admirable, porque el ganso no sabe hacer el ganso... sólo sabe ser ganso y... así me podría estar yo haciendo el ganso filosófico hasta mañana. Pero, no; hoy no tengo ganas.

Decía que las obras estrenadas en el Rey Alfonso están escritas para ser representadas por mujeres. Se lleva mucho adelantado de este modo; la confección es lo de menos; lo importante es la primera materia. Con ello se simplifica la postura en escena de un modo considerable: con poner la primera materia en escena, tal cual, sin que falte detalle, cualquier postura es buena. Y lo demás, lo demás es música—llena de travesuras orquestales a veces, como por ejemplo en la obra de Lloret y Muñoz.

Se llama esta obra—como hemos dicho antes—*El adiós a la vida*. En efecto; con todas aquellas señoras puestas en escena con la naturalidad que hemos consignado; con aquellos trajes y aquellos hábitos de cabaret y de playa, el «adiós a la vida» se impone al que se descuide: no hay paciente que dure tres meses.

En cuanto a la interpretación—queremos decir en cuanto a las formas de las damas—vean los lectores lo que decimos al tratar del estreno de Martín y aplíquenselo ustedes a todos los casos similares, sin perjuicio de que dediquemos otro día especial atención a la gracia alegre y tan saladamente caricaturesca de *La Yankée*. Por hoy basta con la reproducción adjunta. ¿Hay nada comparable a la reproducción, en estos casos?

En Martín. «Los ojos con que me miras o el músico de Buenavista»

En el Teatro Martín hay que apuntar un éxito grande del maestro Luna. Este simpático autor que se hizo popular y célebre con aquello de «qué tienes en la mirada» ha vuelto a triunfar ahora con «Los ojos con que me miras». Decididamente Luna es el músico oculista. Nosotros vemos también con

buenos ojos este triunfo y felicitamos al autor plazeramente. La música demuestra en el segundo cuadro, dedicado al Beso en diferentes épocas, que para ese menester todas las épocas son buenas y produce un gran efecto en todo el mundo lo mismo la melodía que el acompañamiento.

La letra de la obra está confeccionada también con gran pupila y las señoras presentan unas vistas como para dejar a uno bizco.

¡Qué exposición, la de estas obras, en todos los sentidos de la palabra!

Este género, que ahora se va extendiendo por todos los teatros, es el género «mustrario». Nosotros, por lo menos, lo tomamos así, como las señoras toman el muestrario de los géneros en los establecimientos de telas cuando van de compras. Miran mucho; lo piensan más; hacen cálculos de lo bien que irían la «combinación» de este género con aquel...; «dice usted que resulta el metro ¿a cuánto?»—preguntan al dependiente; y luego: «Si hiciera usted el favor de darme una muestrita, porque es un encargo ¿sabe? un



ROSALEDA, del Rey Alfonso.

encargo que me hacen de provincias...», y se van...

Otro día también hablaremos de Breñaño uno de los *buenhumoristas* más dignos de mención que pasean capa bordada—en unión de *Torde el castizo* (Tordesillas)—por Pardifias y alrededores. En esta obra triunfa como todos los demás, pues han llevado a Martín una Compañía excelente...

Rosa Fenol, Carmen Granada, Rosa Torres, Susana Benítez, María Fontalba... ¡excelente Compañía!

MANUEL ABRIL

MANERA DE HACER UN DRAMA EN EL QUE MUERE LA DAMA

(Monólogo para ser recitado, diciendo siempre los nombres de los personajes y sin respirar ni una sola vez.)

Buenas noches: Soy un hombre que, al igual que la Dolores, si no hago algunos favores pierdo apellidos y nombre, y he decidido enseñarles a los autores futuros los trucos que son seguros y más han de resultarles para escribir un gran drama en el que muera la dama.

Hacer un drama es sencillo. Estén un segundo atentos. La acción es en un castillo y hacia el año mil doscientos. Los protagonistas son don Iñigo de Antequera y su esposa, la hechicera doña Clara del Rincón. Se alza el telón y al instante penetran Iñigo y Clara. Iñigo viene delante y el que le mire, repara que el pobre tiene igual cara que tuvo el judío errante. Hay una pausa profunda, muy propia de la Edad Media. Grazna una corneja inmundada. Se mastica la tragedia. (El

autor que sea ducho usará las pausas mucho).

Iñigo.—¡A comenzar voy!...

Doña Clara.—Me asustáis...

Iñigo.—¿Tan feo soy?

Doña Clara.—Ya tomáis lo dicho en otro sentido... ¡Sabéis cuánto os he querido, a pesar de vuestra faz, que asusta al más atrevido!

Iñigo.—¡Sois tan falaz como siempre he suponado! (1)

Doña Clara.—Y bien, señor; ¿para qué en vuestros coloquios usáis esos circunloquios que me llenan de temor?

Iñigo.—¡Pues, voto al cielo y a quien desde allí nos mira! Para contener la ira, que en esto nació a mi abuelo y cuando me suelto el pelo, hasta el más bruto me admira...

Doña Clara.—Por favor...

Iñigo.—Mas, desde ahora, haré espina de la flor, dejaré escapar la ira...

(1) Ya supondrá el lector al leer esto, que eso es una licencia en poesía; porque, poniendo al escribir «supuesto», la palabra en cuestión no rimaría.

Porque he sabido, señora, que me habéis sido traidora...

Doña Clara.—¡Eso es mentira! ¡Siempre me conservé pura!

Iñigo.—¿Cómo me admira tan insólita frescura! (Iñigo se muestra altivo y el diálogo ha de ser vivo).

Doña Clara.—¿Qué decís?

Iñigo.—Ya supondréis...

Doña Clara.—¡Es que mentís con eso que sostenéis!

Iñigo.—¡No lo neguéis, porque ya estoy en un tris de daros las veintiséis bofetadas que sabéis que os dí, hace un año, en Asís! ¡Mi sangre es ardiente caldo que por mis venas discurre y mi voz es voz y heraldo de este drama que me ocurre! (Al acabar de expresarse, debe la dama extrañarse).

Doña Clara.—¿Pero, un drama?

Iñigo.—¡Sois una dama, y no habrá quien me convenza, que ignora lo que es vergüenza!

Doña Clara.—Esto me escama... (Esta frase es un aparte. Hay que decirlo con arte y así el público repara que es culpable doña Clara. Iñigo se pondrá serio para decir a su esposa cómo averiguó la cosa concerniente al adulterio).

Iñigo.—A Mendo Lorena, que se os declaró en Archena le dísteis un sí bemol. ¡Qué pronto se os vió la antena, por vida de un esquiro! (En negar Clara se obstina toda culpabilidad, que es condición femenina negar siempre la verdad).

Doña Clara.—Ya os he dicho que no es cierta esa simpleza. Y si estoy en entredicho, voy a perder la cabeza...

Iñigo.—¿Y qué os importará? ¿La usásteis alguna vez? ¡Por Dios vivo! ¡Vaya un pez que estáis hecha, doña Clara! (Y conviene, poco a poco, subir el tono normal de la escena, y al final que Iñigo esté como loco). ¿Qué habéis hecho de mi honor? ¿Y para esto, Dios clemente, leísteis atentamente «Lecciones de buen amor», de Jacinto Benavente? (Aquí viene un truco mágico; lanzar una parralada que debe ser declamada en un diapasón muy trágico, y en la cual, a ser posible, se debe hablar del Destino, del mundo suprasensible, de lo Fatal y del Sino, porque el público es terrible y le gusta lo indecible que se fastidie el vecino). ¡Ay mi sino desdichado! ¡Ay mi destino implacable! Desde que nació he rodado, miles de tumbos he dado y al puesto más miserable por mis puños he llegado. En edad temprana y moza me casé con Clara Orduna y con Clara de Mendoza y, después, en Zaragoza, me casé con Clara Luna. ¡Pero jamás la fortuna me acompañó con ninguna y esto mi pecho destroza! Aun, al pensarlo, me irrito de un modo fenomenal: las



Dib.

ORTIZ ROSALES
Santa Cruz de Tenerife

—Si se piensa usted quedar con la casa, le advierto que los primeros tres días, hasta que se acostumbre, lo pasará algo molesto con el ruido de los trenes...

—¡Ah! Bueno: entonces esos tres días los pasaré en el pueblo con mi tía.

tres jugaron al chito con la fé matrimonial. Mas de ningún acto suyo se afanaron las cuitadas, porque yo abatí su orgullo de otras tantas puñaladas. Y el que a tres damas preclaras abatió, no queda atrás... ¡Quien ha abatido tres claras podrá abatir una más! (Ahora conviene una réplica entrecortada y colérica).

Doña Clara.—Pero si... ¡Oh, qué odioso proceder!

Íñigo.—Vais a saber lo que guarda mi tahalí... Íñigo saca un mandoble y ha llegado la ocasión de que lance hacia la innoble una franca acusación. ¡Ayer noche alguien me dijo,

dándome las señas fijas, que vuestro amante es el hijo de Fernández de Clavijo, ese que vende torrijas...

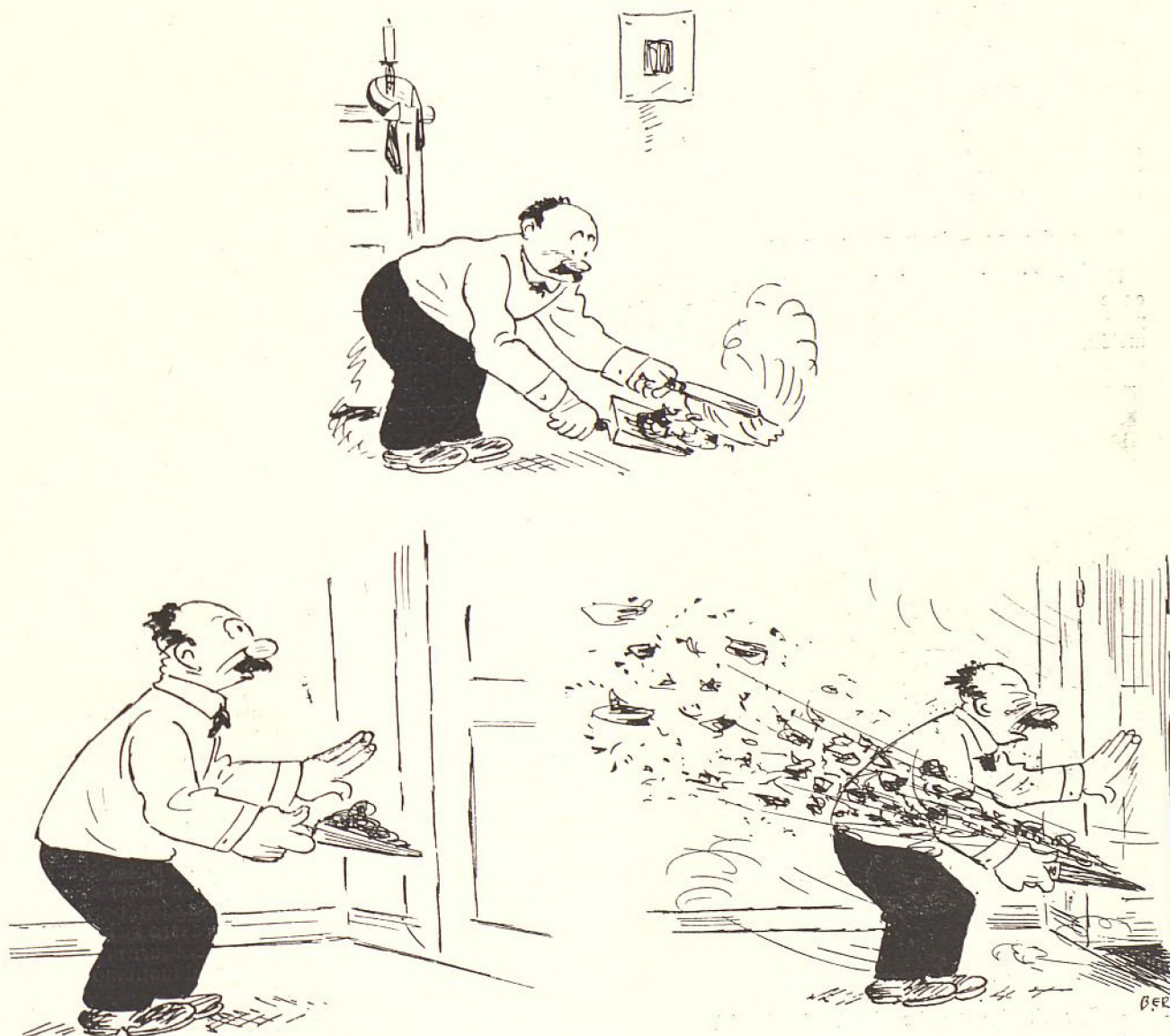
Doña Clara.—¡Recinema!

Íñigo.—En vuestra cara acabo de advertir, Clara, que he dado en la misma yema. ¡Y en prueba de mi razón, os pincho en el corazón! (Íñigo, brutal, la hiere y doña Clara se muere. Pero no baja el telón, porque es prueba de cordura que esto sea coyuntura de una larga relación. Y ante el bello cuerpo inerte, si el autor es algo pillo escribe un canto a la muerte, a modo de latiguillo.) ¡Muerte, terrible misión que hay que cumplir con tesón, como

negra expiación, sin que importe situación ni clima ni población ni buena alimentación! ¡Ya rompiste el eslabón que enlazaba un corazón con el otro corazón de la misma dimensión! ¡Ven a mí sin dilación y cumple tu obligación! (Le da una atroz convulsión y muere de inflamación súbita del epiplón. Así descende el telón).

La lección concluye aquí y por ahora «no va más». Escriban el drama así y a ver si, gracias a mí, le gusta a Enrique Borrás.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



DÍA DE VIENTO, por Bergström. París.

SUCESOS DE LA SEMANA

Robo escandaloso.—A la salida del Teatro de la Comedia, fué ayer víctima de un desvergonzado despojo el conocido espectador y opulento capitalista jerezano don Casildo del Cerro. Este señor llevaba puesto un magnífico jipijapa, valorado en mil novecientas pesetas del ala (y de la copa), y un repugnante ladrón aprovechándose de la oscuridad y de la afluencia de transeúntes, quitóle de la cabeza la preciosa joya y desapareció velozmente. Don Casildo del Cerro salió en persecución del foragido, pero fué inútil. Tras larga carrera, varios testigos del atentado opinaron que debían también quitarle de la cabeza el que siguiera corriendo, y así lo hicieron. El damnificado presentó la denuncia correspondiente, pero el ladrón no ha sido descubierto. Bien es verdad que en este robo, para que todo sea extraño, el que fué descubierto en seguida fué don Casildo. Y con otro detalle peregrino: que así como hay a quien después de un disgusto le duele la cabeza, al señor del Cerro lo que más le duele es el sombrero.

Cada día aprende uno una cosa nueva.

Una caída desgraciada.—En la calle de Válgame Dios tuvo la mala pata de resbalar en dos cáscaras de melón, el viandante Ramón Gallego,

que conducía en unas cajas parte de un equipo de novia, y a consecuencia del resbalón se cayó con parte del equipo (peor hubiese sido que se cayese con todo él) en medio de la calzada. La circunstancia de ocurrir el hecho en la calle de Válgame Dios, hizo que en efecto Dios le valiera, y gracias a eso la caída no tuvo las funestas consecuencias que todo el mundo supuso al ver el golpe terrorífico que dió el Gallego contra las piedras. Hay quien asegura que si el objeto que hizo resbalar a Ramón no hubiese sido melón, la caída no habría sido tan aparatosa; pero, hay quien dice que si no hubiera sido melón Ramón, hubiese visto las cáscaras a tiempo para evitarse el trastazo. De todos modos, el caso es que Ramón Gallego tuvo que ser conducido a la casa de socorro donde se le apreció la fractura de dos costillas. Afortunadamente, las costillas eran falsas y el médico pudo consolarle diciéndole que hubiese sido más triste y doloroso que se le hubieran roto dos de las buenas. El paciente estuvo conforme con tan sabia afirmación y, según nos dicen, hoy se encuentra fuera de peligro, aunque dentro de la cama por unos cuantos días.

Incendio respetable.—A la hora en que escribimos estas líneas, un voraz y avasallador incendio está destru-

yendo gran parte de la plaza del Progreso, y amenaza con llegar a Cuatro Caminos mucho antes que el tranvía.

No podemos decir en este caso que el fuego hace *progresos*, porque lo que está haciendo el fuego es deshacer el único que teníamos en Madrid.

Atropello grave.—Un carro de mudanzas, atestado de muebles, arrolló ayer tarde a un infeliz cesante dejándole hecho una verdadera lástima.

Al ser curado el desgraciadísimo atropellado, hubo de manifestar que protestaba del atropello por una única y convincente razón: la de que cualquiera que le conociese bien podía suponerse que él no estaba en condiciones de soportar el peso de una casa.

Efectivamente, estando cesante hace un año, no hay manera.

¡Somos nosotros, que estamos colocados, y habría mucho que hablar!...

Suicidio original.—El súbdito holandés Jeremías Plöemz, habitante en la Avenida de la Reina Victoria, 60, piso duodécimo, trató ayer de dar fin a sus días arrojándose por uno de los balcones del mencionado piso. Parece ser que Plöemz es un hombre en exceso distraído y, por efecto de esa distracción, se había olvidado de pagar al casero los nueve últimos meses; y al pretender refrescarle la memoria al noble propietario, surgió el drama y el pobre holandés no encontró más solución que lanzarse al éter desde la barafésima vivienda. Lo raro fué que, al recogerle del suelo unos amables guardias, observaron que estaba ileso y tan fresco como antes del suicidio.

Esto requiere una explicación.

Hemos dicho que la casa de Plöemz estaba en el duodécimo piso, pero también estamos seguros de haber dicho que Plöemz era bárbaramente distraído. Y ¡claro!, él pensó tirarse por el balcón, pero lo pensó en la puerta de la calle y tuvo la ocurrencia de tirarse antes de subir al piso.

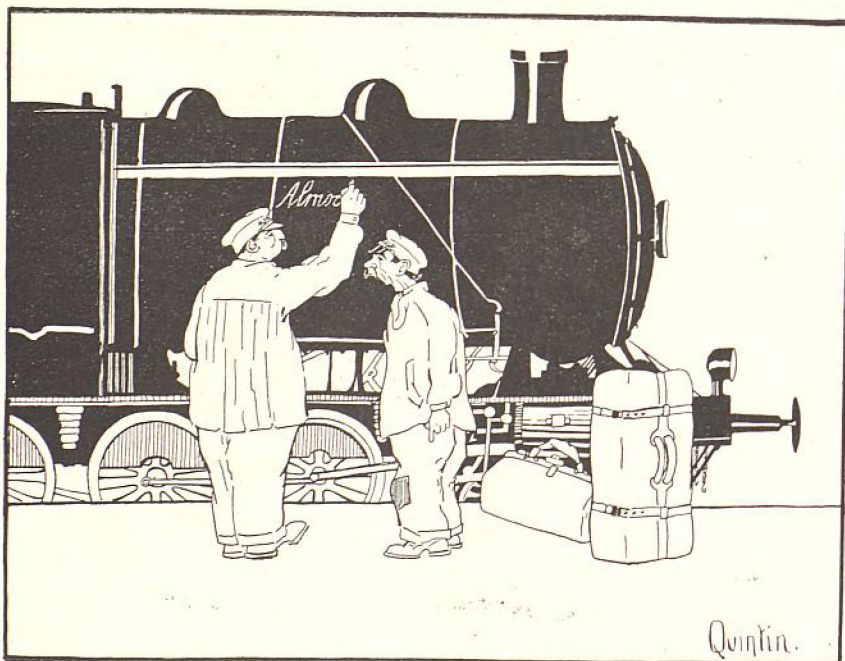
Gracias a esto, a lo cerca que estaba de la calle la puerta de la calle, Jeremías Plöemz sólo resultó con ligeras erosiones y un ligerísimo conato de rabia por haberlo hecho tan mal.

La víctima verdadera de este suceso es el casero, que no sólo ve que le deben el noveno mes, sino que ahora tampoco le van a pagar el décimo.

Mala suerte se llama esto entre las personas civilizadas, porque es de suponer que el casero se hubiese conformado con no cobrar, pero con la condición de que el inquilino *hubiese caído* de verdad.

¡Pero, nada, está visto que ni con la muerte se puede jugar, con esperanza de sacar algo!...

ERNESTO POLO



Dib. QUINTÍN.—Madrid.

—Oye, chacho, ¿qué andas haciendo ahí?

—De mecanógrafo.

—¿...?

—Sí, hombre, ¿no ves que escribo en la máquina?



UN DIVO A LA MODA

—Yo creo Juanito que para el debut debías ponerte el nombre al revés como la señorita Oteín y el bajo Nitsuga...
—Tienes razón. En los carteles me llamaré Nauj Zepol Zerep.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

EL ORGANIZADOR DE BANQUETES

—¿Ha dicho usted que es?...

—Organizador de banquetes. Una cosa muy nueva, muy siglo xx... Habrá usted observado que de algún tiempo a esta parte el número de banquetes dados a poetas, novelistas, ensayistas, pintores, escultores, cómicos, músicos y danzantes ha aumentado considerablemente. Pues bien, todo es cosa mía.

—¿Y qué le va ni qué le viene a usted, que no es poeta, ni novelista, ni ensayista, ni pintor, ni escultor, ni cómico, ni músico ni danzante que se den o no banquetes en honor de quien lo sea?

—Vamos por partes, señor mío. Yo soy un profesional del banquete. No me negará usted que es una profesión como otra cualquiera. De ella vivo y he de reconocer noblemente que no tengo motivos para quejarme. Vea usted mi aspecto exterior e infórmese, si gusta, del gasto que se hace en mi casa.

—No comprendo...

—Va usted a comprenderlo en seguida. Tenga un poco de paciencia... Hace cuatro o cinco años, era yo un simple oficial tercero de Administración civil que cobraba sus buenos cuarenta y cuatro duros mensuales y que se veía y se deseaba para sacar adelante a su familia. Un buen día, quiso la suerte que el jefe de la oficina obtuviese del Gobierno no recuerdo qué recompensa, y se acordó darle un banquete, fijándose el precio del cubierto en vein-

ticinco pesetas. Veinticinco pesetas eran para mí muchísimas pesetas. No podía en modo alguno gastármelas. Y sin embargo, no tenía más remedio que hacerlo, so pena de quedar en ridículo... Entonces se me ocurrió una idea genial. Reuní a los compañeros y les dije: «¿Queréis que me encargue yo de la comida? Conozco cinco o seis restaurantes donde nos servirán admirablemente. Nada de filigranas, sino cosas positivas que se peguen al riñón. Ya que lo pagamos, hay que comer bien»... Yo, claro está, no conocía ningún restaurant más que de vista, pero los compañeros cayeron en la red y me autorizaron para preparar el ágape, que consistió en una suculenta paella, merluza en varias salsas, espárragos pericos de Aranjuez, pollos asados, posires, helado, vinos de diversas marcas, champaña, café, licores y habanos. Un almuerzo en toda regla... Bueno, pues cada cubierto nos costó quince pesetas y como yo había recibido veinticinco por cada comensal y éramos sesenta y dos los comensales, resulta que comí gratis y que además me metí en el bolsillo unas seiscientas pesetas. ¿Comprende usted ya?

—Voy comprendiendo

—Aquel éxito me indicó cuál era el camino a seguir y desde entonces me dediqué a organizador de banquetes. Me hice amigo de todos los señores a quienes la Prensa llamaba poetas inspirados, escritores ilustres, sabios, jurisconsultos, médicos eminentes, pin-

tores geniales, músicos insignes, famosos toreros, populares deportistas, en una palabra, de cuantas personas pudieran, tarde o temprano, ser banqueteables, y me va muy bien. En cuanto un poeta publica un libro de versos, corta un torero una oreja o mete un goal un futbolista, —cosa que, como comprenderá, es harto frecuente—, ya estoy yo reuniendo a los amigos del héroe en cuestión y proponiéndoles el consabido banquete. Los amigos quisieran resistir, pero no pueden. La vanidad humana es una mina que no se agota jamás, por mucho que se la explote. La serie de números primos, como afirma muy cuerdate la aritmética, es infinita... Los amigos del poeta, del futbolista o del torero acaban por reconocer que es muy dulce, muy consoladora y muy halagüeña la esperanza de que los periódicos citen sus apellidos al reseñar el banquete y que bien merece la pena de gastarse unas pesetas la posibilidad de que las revistas ilustradas publiquen unas fotografías en las que aparezcan ellos, gallardamente agrupados en derredor del futbolista, del torero o del poeta de actualidad...

—Muy bien. Pero usted no podrá encargarse siempre de contratar los banquetes.

—Sí, señor. Me he especializado en ello y soy insustituible. A veces, vienen a suplicarme que me encargue de banquetes para personas a quienes en mi vida he saludado. Conozco ya todos los hoteles, restaurantes, fondas, colmados, figones, tabernas y casas de comidas que tiene Madrid y le hago a usted un presupuesto de gastos en menos tiempo del que invierte en es-tornudar. No tardaré en salir a provincias...

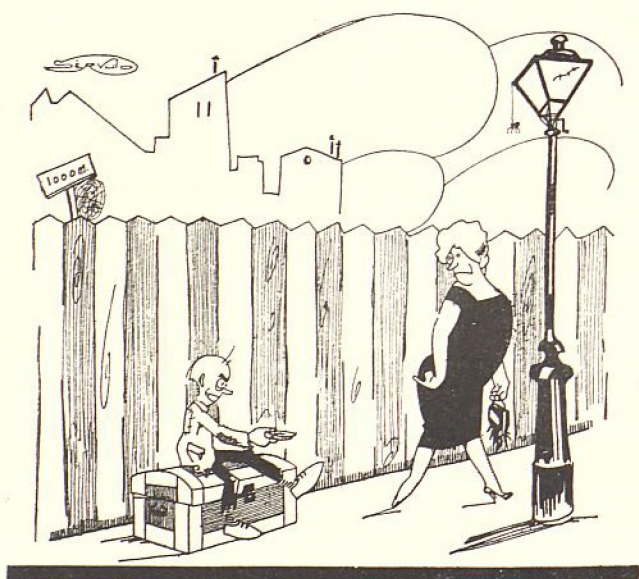
—Bueno, y en definitiva, ¿cuánto vendrá a producir eso al mes?

—Verá usted: yo vengo a organizar unos diez banquetes mensuales. El término medio de concurrentes a cada uno, es, digan lo que quieran los periódicos, de cincuenta y de quince pesetas el precio del cubierto. Por cada uno de éstos vengo yo a sacar un duro. De suerte que el negocio me produce unas dos mil quinientas pesetas mensuales... Ya tengo automóvil propio... ¿Qué le parece a usted?

—¡Dos mil quinientas pesetas mensuales! ¡Seis mil duros al año! ¡El sueldo de un ministro!

—Precisamente, sí, señor... Conque ya lo sabe; el día que publique usted un libro, por malo que sea, acuérdesese de mí, si es que antes no me acuerdo yo de usted... Quizá pueda darle alguna comisión y los dos salgamos ganando...

MARCIANO ZURITA



Dib.
SÉRVULO
Albacete.

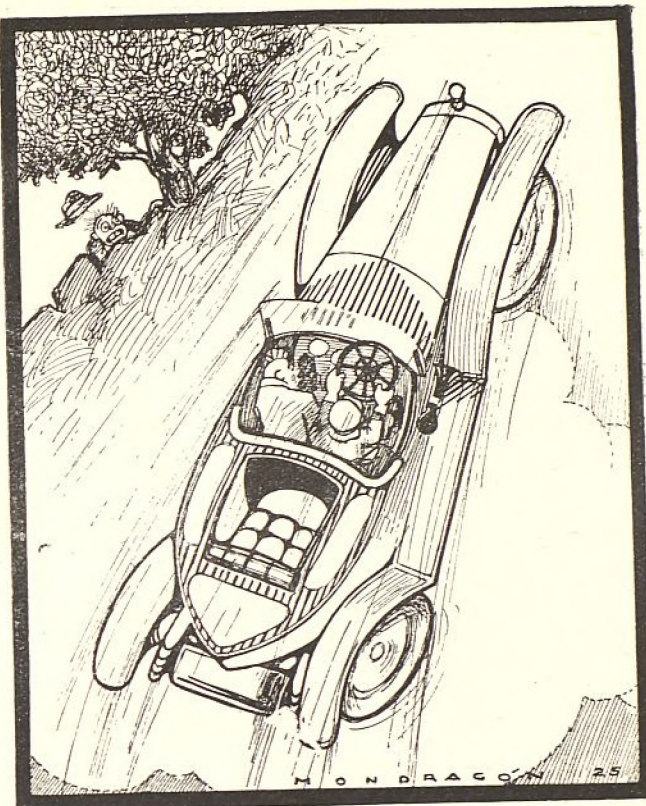
—¡Una limos-
nita, señora, por
el amor de Dios,
que me encuentro
solito en el mun-
do!...



Dib. RADALÉN.—Madrid.

—Para la fiesta a bordo, ¿me dejarás tu vestido de punto verde mar?

—Hija, mi vestido, aunque es de punto, no se presta.



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—¿De qué se ríe usted, chófer?

—;Estaba pensando en la broma que le dí al guardián del Manicomio fugándome!

SE DESEA UNA PULMONÍA

Don Bruno va a Rosales todos los días porque dicen personas bien informadas que abundan allí tanto las pulmonías que las dan poco menos que regaladas.

Y como el buen don Bruno desea una se va todos los días a tal paseo para ver si consigue que la fortuna le complazca en su gusto y en su deseo.

Don Bruno está cansado de la existencia y quiere a falta de otras ocupaciones averiguar de cierto la resistencia y la fuerza y el temple de sus pulmones.

Quiere saber de un modo cierto y seguro qué es lo que experimenta toda persona a la que un poco de aire traidor e impuro dentro de los pulmones se le estaciona.

Por eso va a Rosales todos los días, que ha tiempo que por eso le dió la vena, para ver si allí abundan las pulmonías y son como se dice cosa muy buena.

Llega allí; mira al Norte; se desabrocha; contempla la belleza del panorama y pide a la castiza virgen de Atocha un oportuno soplo del Guadarrama.

Pues bien; allí don Bruno se pasa el día hasta que por la noche le rinde el sueño, esperando que llegue la pulmonía en la cual ha cifrado todo su empeño.

Y al notar que ni viento frío ni escarcha jamás a su organismo lleva la muerte, don Bruno, hecho una fiera, de allí se marcha a veces maldiciendo su mala suerte.

En cambio, don Silvino, que en el invierno vive envuelto entre mantas y entre edredones, porque tiene el capricho de ser eterno,

como un tío que tiene muchos millones, sufre constantemente los fieros daños que don Bruno tomara por alegrías, pues yo sé que padece todos los años media docena justa de pulmonías.

De lo cual se deduce que en nuestros días, igualmente aquí abajo como en la cumbre, siguen por molestarnos las pulmonías siendo tan caprichosas cual de costumbre.

MANUEL SORIANO



DEL BUEN HUMOR AJENO



INCURIAS

por J. HEMARD

Recuerdos de vacaciones de un pequeño ciudadano que sólo conoce su ciudad.

¡Nada, que no vuelvo! ¡Que no! ¡Que no vuelvo! O mejor dicho: ¡Que vuelvo! Es decir que si yo no vuelvo es porque vuelvo. Bueno: que lo que tal vez sería lo mejor es que yo me explicara con un poco más de claridad: Yo vuelvo del campo. De aquí es de donde vuelvo. Pero he visto en él tales espectáculos que me han sublevado, y de esta idea es de la que no vuelvo, ¿Está ya claro?

En primer lugar, creo yo que es necesario a toda costa poner en guardia al público contra ciertas palabras usadas para designar ciertas cosas, y de las que se abusa de modo extraño e inexplicable. La palabra *campo* es una de ellas, por lo menos cuando se la usa en el sentido en que yo la acabo de usar al decir que volvía. Perdonenme ustedes; por más que yo niegue que el vocablo pueda aplicarse al objeto, me veo obligado a utilizarlo, porque no tengo otro a mano.

Todo el mundo sabe lo que es el campo, quiero decir el verdadero. Nadie ignora que con este nombre se designa a las aglomeraciones de casas distanciadas y separadas por pequeños jardines, en vez de estar pegadas unas a otras como en la ciudad. ¿Qué ciudadano, en nuestra época, en que los transportes y por consiguiente, las giras y viajes son muy fáciles, qué ciudadano, repito, no ha pasado ocho o quince días de vacaciones en el campo? ¿Quién entre los parisienses no conoce *Neuilly-Plai Sancé*, *Créteil*, *Eughen les-Bains* o *Bécon-les-Bruyères* o *Clichy-la-Garenne*? Los nombres de estos lugares, ¿no son acaso sintomáticos?

Yo no he ido nunca al Havre a Lyon, Marsella, Burdeos o cualquier otra subprefectura, pero no dejo por eso de imaginar que tendrán también su campo, como París tiene el suyo. Unos al lado de otros, siguiéndose en encantadores eslabones, a lo que se podría imaginar, parece que han de formar una cadena ininterrumpida de graciosas avenidas, festoneadas de apacibles

y floridas quintas entre todas esas grandes ciudades que son la gloria de una región a la vez que sus joyeles. ¡Craso error! A partir de cierta distancia de todo núcleo urbano, el campo deja de existir y por inverosímil que parezca ya no se encuentran más que inmensas extensiones de terreno, coloreadas de múltiples modos (como las naciones en el mapa) y que se llaman *los campos*. Estos campos, atravesados hasta perderse de vista por avenidas festoneadas a veces de árboles. cuyo fin fuera vano buscar —hasta tal punto se intrincan, se cruzan, se ramifican— están salpicados de bosquecillos en los que no se encuentra ninguna de las comodidades del de Boloña; de ríos, cuyos puentes están separados entre sí por kilómetros y kilómetros y cuyas fangosas orillas ni siquiera tie-

nen contruídos muelles; y de colinas sin funiculares que sólo se pueden salvar con ayuda de los pies.

¿Esto es el campo? ¡Quite usted de ahí hombre de Dios! Una comarca salvaje, bueno; pero el campo, nunca.

De vez en cuando se encuentra en las proximidades de aquellas avenidas un montón de edificaciones de planta baja, enteramente distintas de las hermosas casas de pisos y más pisos de nuestras urbes. En esas reuniones de chociles ¡viven personas! Es increíble, pero es así: hombres y mujeres allí nacen, crecen, se reproducen y mueren en ese estado fisiológico vecino del de la época troglodítica. Cuando se piensa que se puede ver eso en nuestros días, en nuestros países occidentales, en nuestra hermosa Francia, dudo de nuestro grado de civilización! Es más, que llego incluso a preguntarme si verdaderamente ocuparemos el puesto de honor que se asegura que ocupamos en la escala del progreso social.

Estos núcleos humanos tienen, además, unas costumbres indignantes. Son poco cultos, de lo cual se pueden tener fáciles pruebas a poco que se viva unos días en ellos. Basta sólo el testimonio de nuestros propios ojos, apoyado en un breve y certero raciocinio para que resalte la evidencia de ello.

La primera necesidad del hombre es la de alimentarse y el primer alimento del hombre es el pan. Cada cual sabe como se busca uno el sustento: las frutas se encuentran en las fruterías, las legumbres en las verdulerías, el pan en las panaderías. El panadero, por su parte, compra la harina al molinero, el cual va a buscar su trigo a los almacenes de granos y estos granos vienen en trenes del extranjero en donde se les fabrica. Esto es bien claro, bien sencillo, bien fácil de comprender. Los panaderos, que consiguen con bastante facilidad llegar a surtir de pan a los habitantes de toda una ciudad no pueden, como fácilmente se comprende, amasar para las tribus de estas vastas regiones formadas por los campos, que se diseminan a no sé cuantas leguas y leguas a la redonda. Pero, en fin, como es menester que estos seres

LA ENSEÑANZA EN MADRID

COLEGIO DE SAN IGNACIO

Este antiguo y muy recomendable Colegio de primera y segunda enseñanza, está dirigido por su propietario, nuestro buen amigo don Ignacio G. Albericio, ilustrado doctor en Filosofía y Letras. El Colegio de San Ignacio ocupa hermosos locales en la Costanilla de los Angeles, 3, principal, y tanto por su modernísimo sistema de enseñanza como por el magnífico material con que cuenta, debe recomendarse con todo interés a las familias.

El mejor elogio que puede hacerse de este acreditado Centro educativo, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros, es el brillante resultado que sus alumnos de segunda enseñanza obtienen en los exámenes de fin de curso, y que demuestra la perseverante y eficaz labor de su cuadro de profesores, todos titulados.

humanos vivan, el gobierno ha inventado un procedimiento para solucionar la cuestión y aunque primitivo este procedimiento sería perfecto si produjera buenos resultados. Consiste el procedimiento en dar a esos núcleos humanos de que nos venimos ocupando la cantidad de trigo necesaria para obtener el pan de su sustento. Sólo tienen que transformar convenientemente ese trigo como hacemos nosotros en las ciudades.

Pero aquí es donde comienza lo vergonzoso. ¿Saben ustedes que es lo que hacen con su trigo estas gentes? ¡Lo tiran a puñados, a fanegas, a hectolitros en sus campos de blanda tierra especialmente preparados para esta maniobra infame, de tal suerte que los granos, penetrando hasta lo profundo del suelo, se estropeen y se desperdician irremediablemente, y se pudran revueltos con el lodo hasta el punto de que dos o tres días después están ya completamente inútiles! Claro está, estos campos tan limpios y claros, como se puede esperar haciendo eso, se encuentran al cabo de algún tiempo cubiertos de hierba, de una hierba alta y tupida que evoca las praderas del Far-West con sólo que se ponga un poquito de imaginación.

Estas son sus distracciones ¿Eh? ¿Qué les parece a ustedes? ¿Es que lo dudan? Válgame Dios. ¡Qué manera de desperdiciar un artículo que tan caro pagamos, que es tan necesario para nuestra vida y que el despilfarro de los gobiernos permite se entregue tan inconsideradamente a esos pueblos tardígrados! ¿No es esto, acaso, para llorar lágrimas de coraje? Y este crimen se realiza sin excepción, en todas esas vastas extensiones de terreno, que forman las 999 milésimas de la Patria. Y en ninguna parte se castiga. Y en ninguna parte se reprime este abuso como sería menester. Hace falta en este punto un enorme progreso. Si nuestros gobernantes se ocuparan de la nación se apresurarían a cubrir de edificios todo ese terreno perdido, lo cual tendría la doble ventaja de poner coto a un acto de vandalismo verdaderamente indignante y proporcionar al presupuesto considerables recursos con el producto de los alquileres de los inmuebles edificadas en tales territorios. Y aun se podría añadir la inapreciable mejora que esta iniciativa aportaría a las precarias condiciones de habitación de esos hombres primitivos.

Otro ejemplo de su instinto destructor y maléfico es este: Tienen la costumbre, una vez al año, de llenar enormes toneles de una gran cantidad de uvas que probablemente se proporcionan en las fruterías. Y cuando los toneles están bien llenos se divierten en pisotear todo el contenido con sus pies descalzos, sin el menor escrúpulo de limpieza ni de pudor, y tienen luego la desvergüenza de llamarle vino al líquido

que sale de este pisoteo, cuando nadie ignora cómo se fabrica el vino en las bodegas de nuestros tenderos con los más puros productos químicos de nuestros laboratorios científicos. ¡Vean ustedes a donde han venido a parar, fiados del cuento de no sé qué fabulosas tradiciones!

Por lo que a mí respecta, ignoro si ellos se beben este horrible producto; lo que sí sé es que yo he visto a más de cuatro ir a calmar su sed con el agua de los arroyos. ¡Pobres, pobres gentes que desconocen el agua tan pura, tan clara, tan fresca y cantarina que sale por los grifos de cobre de nuestros cuartos!

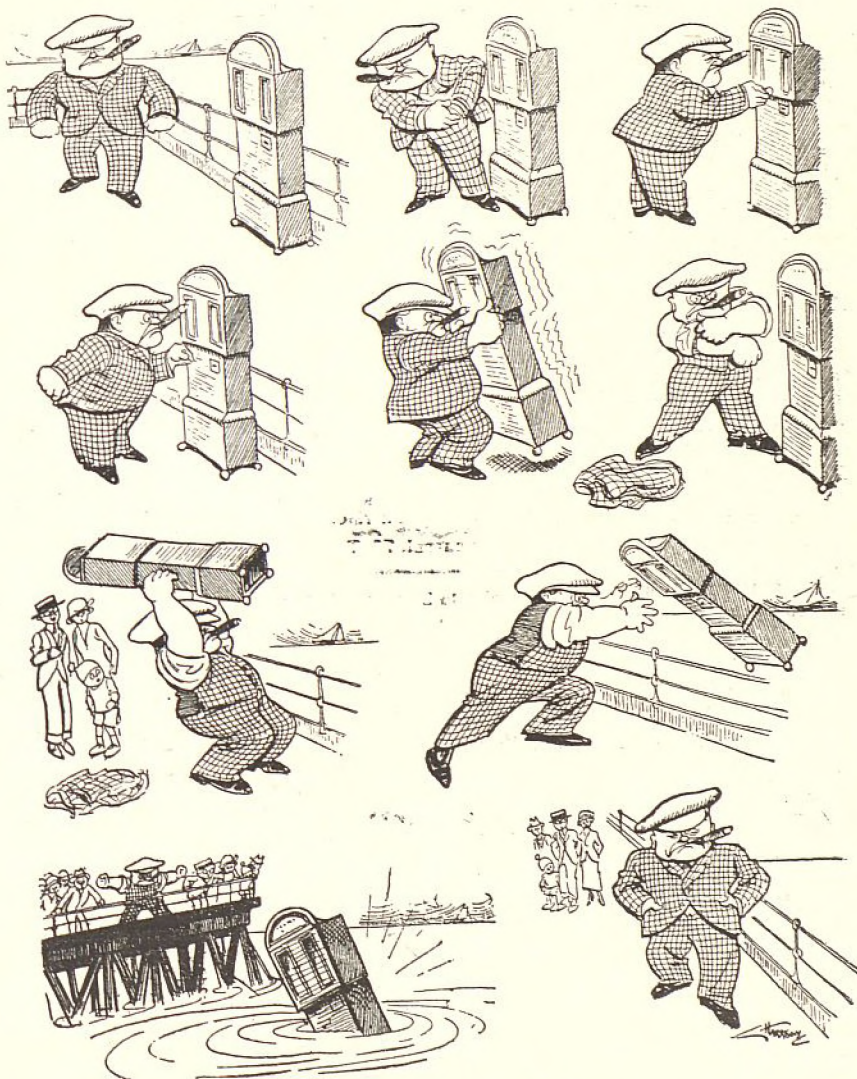
Una palabra final bastará para dar la medida exacta de la cultura de estos desheredados. En lugar de vivir, como es lo conveniente y decoroso, en la ve-

ciudad inmediata de sus semejantes, parecen complacerse en la compañía de los animales. No es raro ver una familia compuesta del padre, la madre y algunos hijos, pasar toda su existencia con seis u ocho vacas, tres o cuatro caballos, un par de cochinos, otras tantas cabras, cinco docenas de conejos, una gruesa de carneros y un número tal de gallinas, de patos, de gansos y de pavos que no es exagerado evaluarlos en algunos centenares de cabezas, para no exagerar la medida, si no es que nos quedamos cortos.

HEMARD

Ciudadano consciente pero mal organizado.

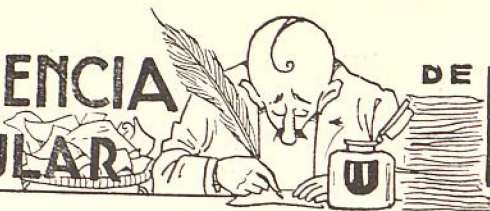
Traducción de C. M. P.



EL HOMBRE DE PUÑOS Y LA MÁQUINA DEFECTUOSA

(De London Opinion, Londres.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Niceto. Madrid.

Querido amigo Niceto: es usted un asno completo. Inútil es añadir que su sitio no está en las columnas de BUEN HUMOR, sino en una feria de ganados donde puede ser que algún tratante diera algún dinero por usted. ¡El que no daríamos nosotros, aunque nos lo exigieran con una star en la mano!...

F. S. y P. Madrid.—Tanto la parodia campoamorina como las Cositas son categóricamente nefandas.

DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO—
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

Garcíalez. Valladolid.—No hemos acertado en el último envío, carísimo amigo y cofrade. Y además, uno de los chistes es más añejísimo que Noé. Nosotros se lo oímos la primera vez a un clown ya fallecido hace años.

Nos han fastidiado.—Los señores dibujantes Cortés Rivas, Mary, Varela Pol, Javaloy (de Alicante), Macarrón (de Villaba), L. S. S. (de Valencia), J. L. A. (de Estación Guadalupe) y M. Bartolomé, Faus-

to, F. Usabiaga y A. V. Medel (de Madrid los cuatro), enviándonos dibujos que no vemos manera de publicar.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

A. M. C. Escorial.—Su cuento militar, ni aun vestido de paisano tiene pase.

F. Saavedra. Carabanchel.—Ni los artículos ni el trabajo están en condiciones de presentarse ante nuestro distinguido público. El dibujo, no obstante, tiene un chiste eminentemente saleroso, ¡la verdad ante todo!

P. C. Brujo Tetuán.—¡Eso no es negocio para nosotros! ¡Y de serlo, sería un negocio desastroso! Ansúrez. Cestona.—De Cestona viene ¡y a Cestona va!...

Pradillo. Bilbao.—El chiste es tan viejo que, pese al dibujo (que no está mal), nos hace privarnos del placer de publicarlo.

Desde que compra Teresa, los corsés Casa de Presa ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Roberto Legacer. Madrid.

¡Recontra, qué triste es eso de la saeta del preso! Como que desde que lo hemos leído estamos aquí todos llorando a completo moco y a furibunda baba.

P. T. Madrid.—El hombre y el oso reposan en el cesto desde ayer. Los síntomas entran en turno de publicación. Y el pavito ese que tanto le preocupa a usted, lo guardamos, en efecto, para servirlo en Nochebuena. ¿Se le suscita a usted algún angustioso interrogante más?

P. Murugarren y C.^a San Sebastián.—No sirve. Y para mí que usted lo sabe tan bien como nosotros. ¿A que sí? ¡Usted lo que es, es un guasón crepuscular y donostiarra que quita el cráneo!

Choto. Bilbao.—El seudónimo es feo, pero los trabajos en cambio son horribles y siempre es un consuelo para el seudónimo.

A. Arruti. San Sebastián.—Su *Café económico* nos ha desvelado. Cuando podamos dormir un poco y soñemos, puede que lo publiquemos... pero en sueños...

Esas cosas solamente en sueños se pueden ver... Como dijo el otro y dijo bien...

Martínez Surroca. Barcelona. Aceptado su dibujo.

Un ingenioso de Oviedo.—Se necesita tener un tupé sagastino para enviarnos una ligera tonterita hecha a base del paso de *Las aceitunas* de Lope de Rueda, y creerse cándidamente que aquí nos la íbamos a tragar. ¡Y ya ve usted cómo no, incauto y revoltoso amigazo!...

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

López de López y López. R'gala Tánger.—Mande el abstruso e indescifrable amigo lo que quiera. Si está bien, gozará del honor detergente de la publicación. Y si no lo está, sumiráse en los cavernosos, paleolíticos y abismáticos arcanos de la pirandélica Cestona. No podemos ser más lúcidos ni más propicios ni más sugerentes. Alah es Alah y Mahoma su concreción tangible y mueble... Expresiones a los amigos y tiros a Abd-el-Krim y que ande el movimiento y se esparza el humorismo.

De gusto que me causa yo me atortolo cuando llevo a mi boca Licor del Polo.

Saluquiquí.—No tiene gracia. Se lo juramos a usted por el discutible descanso eterno de Tutankamen.

J. S. L. Ceuta.—Graciosillo, pero no todo lo que hace falta para ver la luz en nuestra revista.

Varela.—Aprovecharemos el chiste del tenedor, pero el dibujo no nos entra ni con cuchara. ¿Era eso lo que usted quería, en el caso de que fracasase su laminilla? ¡Pues ya está!

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de esta anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Arrancallo. Guadix.—No podemos publicar su hermoso poema por ser el mismo asunto de un drama del poeta francés Montgolfier, autor de *Los asistentes* y *El gran galeoto*. Lo sentimos mucho, pues la versificación es admirable, casi tan perfecta como la del gran Torres Quevedo, de quien usted habrá oído hablar.

Emilio K. Madrid.—¿De manera que usted, a más de ser un lamentable escritor, es padre de cinco hijos?... Créanos que esto último nos ha conmovido, sobre todo cuando usted nos suplicaba un poco de conmiseración... ¡En efecto, pobres criaturitas!...

Arrow. Barcelona.—¡Eso no es más que un rebuzno estentóreo y ensordecedor!

Garcí-Nuño. Madrid.

Si al amigo Garcí Nuño le tuviese yo a mi alcance, le daba así con el puño y no salía del trance...

Y si salía, iba a salir con destino al Hospital relativamente General que tenemos en Madrid para estos accidentes del trabajo.

H. G. P. Valencia.—Nos pide usted, con un poco de impaciencia maternal, noticias de su último artículo y referencias sobre su situación actual. Y le vamos a contestar a usted amabilísimamente y como se merece... El artículo sigue muy bien. En Cestona lo tiene usted hace unos días, que es desde cuando está mejor.

CUPÓN

correspondiente al núm. 199 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Un paleta se encuentra un duro en la Puerta del Sol y lo examina contento. Pero un «vivo» que ha presenciado la escena, le increpa rápido:

—¡Oiga, mi amigo, deje usted en seguida ese duro en su sitio, que es mío y lo he puesto a secar!...

Sor.—Madrid.

En busca de piso desalquilado.

El pretendiente.—No tengo piano, ni hijos, ni perros... entonces ¿por qué no me alquila el cuarto?

La portera.—La verdad, señorito; porque es usted muy viejo y al caso le molestan los entierros.

T. Molina.

—¿Cuál es el colmo de una cocinera?

—Hacerse de una falda de su señorita una... pa-ella.

Maenza-Gallego.

Dar Quebdan'.

En la comisaría.

—¿Confiesa usted haber llamado burra a esta señora?

—No lo niego.

—Pues en este caso, tiene usted que pagar una multa.

—Oigame, señor comisario, ¿y si llamase señora a una burra, pagaría también la multa?

—No.

El sujeto, dirigiéndose a la señora, le dice:

—Entonces, ¡adiós, señora!

M. y Chiquilín.

Entre Pintores.

—He pintado—dice uno de ellos—una tabla de madera imitando mármol, y me ha salido tan bien, que la eché al agua e inmediatamente se fué al fondo

—¡Bah! —exclama otro—. Días atrás coloqué un termómetro junto a

mi paisaje, que representaba las regiones polares, y en el acto se puso a 30 grados bajo cero.

—Pues eso no es nada—concluye el tercero—comparado con lo que a mí me ocurre. Mi retrato del marqués de M... está hecho tan al vivo, que hay que afectarle dos veces por semana.

J. M. Galardy.—Madrid.

Sucedido.

En la comisaría:

Comisario.—¿Cómo se llama usted?

Detenido.—Segundo Diez Alcalá.

Comisario.—¿Dónde vive?

Detenido.—En viceversa.

Comisario.—¿Cómo en viceversa?

Detenido.—Sí, señor; Alcalá, 10, segundo.

Melchón Naval.—Burgos.

—¿Cuál es la bebida más fea?

—Hombre, pues la hor-chata...

M. Piedrahíta Ruiz.

—¿Por qué chillan los trenes cuando salen de las estaciones?

—Porque hay algunos que lo cogen por los pelos.

J. C. A.—Sevilla.

Un condenado a cadena perpetua por haber cometido horrendos crímenes, al ser recluido en la penitenciaría fué interrogado por el director.

Director.—Tiene usted una hoja

negra de delitos. Espero hará acto de contrición con una conducta ejemplar. ¿Qué piensa usted hacer?

Recluso.—«Matar el tiempo».

V. Camabella.—Barcelona.

¿Cuál es el colmo de un jugador de cartas?

—Sentarse al lado de una cabra para ver si tira al monte.

Jaime O. Salvatella.

En un café de tercer orden.

Un parroquiano a quien acaban de servir un vaso de limón dice al mozo:

—Traígame usted una paja.

—Tendrá usted que esperar, porque están todas ocupadas.

S. Juan.—Irún.

—¿Por qué Marcial Lalanda no sufre cogidas toreando de capa?

—Porque en los momentos de peligro le salva siempre la verónica.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.



Dos molineros salen desafiados a la calle y uno con voz de trueno dice:

—¡Escojo este rincón solitario porque uno de los dos tenemos que quedar aquí!

—Pues quédate tú porque yo tengo el molino andando y se me va a gastar la piedra.

Felipe Sonajera.—Madrid.

—¿Qué pasaría si se desencadena un ciclón y al mismo tiempo me tomo yo diez litros de sublimado?

—¿...?

—Pues que hace viento y reviento.

A. E. G.—Gijón.

—¡Pobre Ibáñez! Acabaría volviéndose loco. Me escribe desde Estocolmo a donde fué, por no oír a su suegra y por su carta deduzco que aún allí...

—¿Pues, qué te decía?

—Que en todas partes oye su eco.

José Escalona.—Ceuta.

Anécdota.

El alcalde de cierto pueblo recibió hace poco de un amigo suyo un magnífico regalo, consistente en un precioso bastón con puño de oro cincelado.

El bastón era muy alto y el alcalde hizo cortar el puño y cuatro dedos más.

A los pocos días el amigo se encuentra al alcalde, mira el bastón y exclama, casi encolerizado:

—¡Cómo! ¿Le ha quitado usted el puño?

—Era muy alto para mí

—Pero ¿por qué no lo ha cortado usted por abajo?

—¡Toma, porque de donde sobraba era de arriba!

César.—Madrid.

Un piropo.

—Vaya con Dios... Morucha, que tiene usted unos ojos que se parecen a mis calzoncillos...

—Valiente sinvergüenza...

—No se enfade... Lo digo porque... son negros y rasgados.

Angelita.

Sucedido.

Dos novios discutían acaloradamente cuál de sus patronos era más burgués, si el uno u otro.

El novio.—Tu patrón es más burgués que el mío.

La novia.—Eso no es cierto; mi patrón no es burgués, es andaluz.

Atilanito y Paquita.
Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

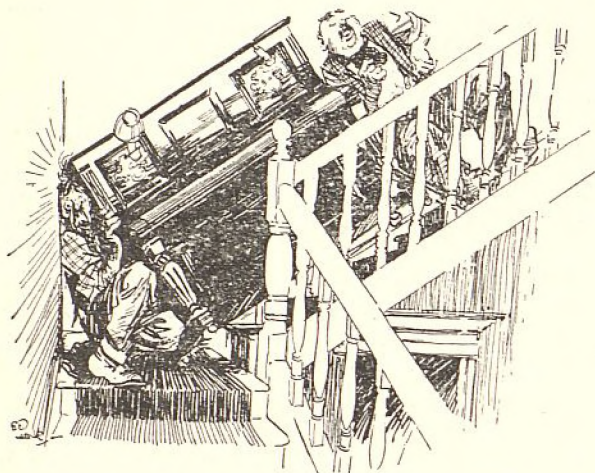
PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Agencia para la venta de BUEN HUMOR
en TAMPICO (Tamps) MÉXICO D. Hermenegildo David G., Apartado núm. 50



El que está arriba.—Espera un momento, que no sé dónde he puesto la pipa.

(De The Passing Show, Londres.)



La señora (a la nueva doncella).—¿Dice usted que ha estado sirviendo al Sr. Needlemonk, un hombre formal?
La doncella.—No lo sé, porque no estaba en casa cuando yo llegué y salí de la casa antes de que él volviera.

(De The Passing Show, Londres.)

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badia, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. SAMA.—Madrid.

EL.—¡Chica, no he pasado nunca tanto calor como en el mixto!
ELLA.—¡A ver si es que ese mixto estaba encendido!